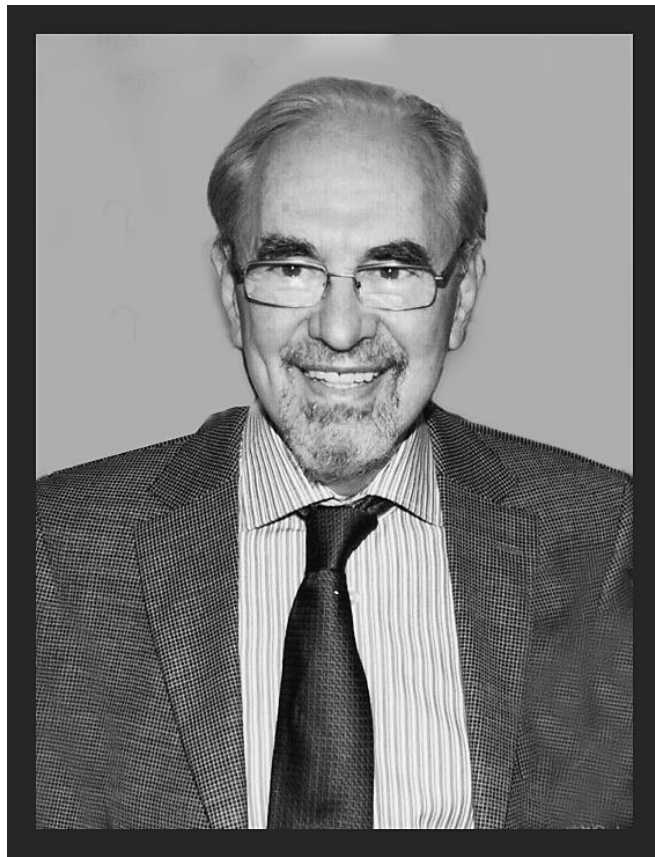


aperturas psicoanalíticas

Especial homenaje a Hugo Bleichmar



Buenos Aires, 1935 – Madrid, 2020

Índice

Editorial	3
Recordando a Hugo. Graciela Abelin-Sas Rose.....	5
Un encuentro que hace diferencia Jeanette Dryzun	7
<i>In memoriam</i> , Dr. Hugo Bleichmar Agustín Genovés Candiotti	12
Mi homenaje a Hugo Bleichmar Juan Pablo Jiménez	13
A propósito de la muerte de Hugo Bleichmar Marianne Leuzinger-Bohleber	16
Hugo Bleichmar, profesor Luis López-Yarto	18
Hugo Bleichmar Mario Marrone	20
Agradecimiento a Hugo Bleichmar Rufino J. Meana	22
Un recuerdo agradecido José Antonio Méndez	25
Hugo Bleichmar, <i>in memoriam</i> Cecilio Paniagua.....	28
Una carta a mis hijos Carlos E. Sluzki.....	30
Una palabra tuya y todo se ilumina Consuelo Trujillo.....	34
Recordando a Hugo Bleichmar Bruno Winograd	37
El político universitario intimista Emilce Dio Bleichmar	38
Algunas cosas sobre mi papá Andrea Bleichmar	42
Mi papá Hugo Bleichmar Javier Bleichmar.....	44
Del apego al deseo de intimidad Hugo Bleichmar	47
Entrevista a Hugo Bleichmar Carlos Habif	63
Trabajos de Hugo Bleichmar publicados en <i>Aperturas Psicoanalíticas</i>	64

Editorial

Consejo de redacción

La desaparición de Hugo Bleichmar nos ha provocado una enorme pena y sentimiento de orfandad a todas las personas que trabajamos en y para esta revista. Por ello, desde el Consejo de Redacción y haciéndonos eco del sentimiento compartido tanto con el Comité Científico de la revista como con sus miles de lectores, queremos expresar el sentimiento de orgullo y cariño que la figura de Hugo Bleichmar nos ha dejado.

Aperturas Psicoanalíticas es una revista que lleva absolutamente su impronta. Él ha sido su fundador y director hasta hace tres años. Son los primeros dieciocho años de la revista con Hugo al frente. Pero ha sido mucho más que eso.

Crear una revista de psicoanálisis estaba en su cabeza desde años antes de 1999 en que la pone en marcha. Su idea era la de una publicación en formato electrónico abierta a todos, con acceso libre a todos los contenidos y en la que tuviesen cabida artículos que pudieran ayudar al avance de la teoría y la clínica psicoanalítica. Su idea era la de fomentar un modelo de psicoanálisis y psicoterapia psicoanalítica en búsqueda de una mayor efectividad terapéutica mediante el desarrollo de modelos integradores que diesen cuenta de la complejidad del psiquismo.

Para conseguir estos fines pensó en un modelo en el que se combinaba la publicación de artículos originales de autores de habla española con la traducción al castellano de artículos actuales y significativos publicados en buena parte de las más importantes revistas de psicoanálisis internacionales. Este modelo, que ha servido todos estos años para enriquecer los conocimientos de muchos terapeutas de habla hispana, fue posible gracias a los contactos personales y de confianza que Hugo Bleichmar mantenía con los editores de dichas revistas, lo que permitió que hubiese primero autorizaciones personales de publicación y, posteriormente, establecer acuerdos con ellas para que *Aperturas* siempre tuviera la posibilidad de seleccionar los más significativos artículos que iban apareciendo en el mundo psicoanalítico en lengua inglesa.

Los primeros años de trabajo fueron tan apasionantes como precarios. Junto a un reducido número de colaboradores se comenzó la tarea sin prácticamente infraestructura y aprendiendo lo que era hacer una revista un poco más en cada número. La calidad de los contenidos siempre fue extraordinaria por lo que acabamos de comentar y como queda demostrado si repasamos cada uno de los números publicados, desde el número uno. El diseño Web era fruto del entusiasmo del pequeño equipo, en el que él siempre tuvo un papel determinante, no por uso de jerarquía, sino porque su saber hacer y su inmensa capacidad de trabajo lo situaban en el centro de cada una de las etapas: desde revisar todas las revistas de las que se entresacaban los artículos a publicar, hasta hacer los borradores del logo de la revista, colores incluidos, que luego pasaba a discusión hasta elegir entre todos el que más

gustaba. Eran momentos tan ilusionantes como inseguros; por ejemplo, se tenía buen cuidado de guardar los números que iban saliendo en los discos duros de cada uno de los miembros del Consejo de Redacción, por miedo a que se perdiesen. Hugo fue tejiendo, poco a poco, una red cada vez más amplia de colaboradores para hacer las reseñas, las traducciones, las correcciones, etc. La situación se fue estabilizando, especialmente cuando se incorporó una secretaria, Marta González, al trabajo en la revista. Desde aquellos primeros momentos y hasta hoy, en ella se ha centralizado el trabajo, del que destacamos su excelente labor de traducción, entre tantos otros cometidos.

Creemos que es imprescindible resaltar que la riqueza de los contenidos que han ido nutriendo nuestra revista y que la han convertido en imprescindible lectura para tantos y tantos psicoterapeutas de lengua española, está estrechamente ligada a la riqueza de intereses intelectuales que poblaban la cabeza de Hugo Bleichmar y que supo plasmar en este estimulante proyecto, sin duda, una de sus realizaciones más queridas.

Gracias a todo esto, hoy disfrutamos de una revista consolidada, seguramente la más leída en castellano de las de su género, totalmente adaptada a las más exigentes normas internacionales de publicación de las revistas científicas. Nuestro deseo y nuestro deber es el de honrar la memoria de Hugo Bleichmar de la mejor de las maneras posibles, con seguridad la que él hubiera deseado, manteniendo nuestra revista *Aperturas Psicoanalíticas* en los más altos estándares de calidad científica al servicio del progreso de la teoría y la clínica psicoanalítica.

Gracias Hugo, gracias por tu trabajo y tu cariño.

Recordando a Hugo

Graciela Abelin-Sas Rose

American Psychoanalytic Association (APA-IPA)

Es con gran dolor que escribo este adiós a mi querido amigo Hugo.

Hay características inolvidables e incomparables que hemos heredado de su labor. Me refiero a la rigurosidad, la honestidad y la complejidad de su pensamiento.

Hugo se abrió siempre hacia una multiplicidad de campos con gran interés, con profundo estudio. Fue este estudio riguroso que contribuyó a integrar en sus conceptos de tratamiento cambios importantes que nos han entusiasmado con su novedad y su posibilidad de mejorar nuestras intervenciones terapéuticas.

En Hugo no había un “no” que muralla el conocimiento ya adquirido; había, en cambio, una curiosidad genuina en la creatividad de sus colegas y de muchos otros: lingüistas, neurocientíficos, cineastas, filósofos. Si toda institución corre el peligro de cerrarse a lo desconocido y aferrarse a certitudes establecidas, Hugo ha luchado intensamente contra tal evolución. Creo que nada hubiera sido más insípido para nuestro amigo. En efecto, centrando en los diferentes sistemas motivacionales que movilizan al psiquismo él nos alerta de la fácil eliminación de unos u otros en la producción de teorías que excluyen la riqueza de la articulación de todos.

Hugo define y de-construye. No acepta una visión indiferenciada, pone su lupa y estudia la organización de cada instancia psíquica, luego pone su atención en el interjuego de esos componentes. Esto lo lleva a subrayar la singularidad de cada situación clínica, a crear un psicoanálisis minuciosamente dedicado a cada individuo. La clínica guía sus conceptualizaciones y, como tal, la singularidad de cada situación es estudiada en su complejidad. El respeto por el paciente lo lleva a insistir en que el terapeuta cree espacios interpersonales confortables para ambos en la diáda analítica que permitan el trabajo más coherente y efectivo en cada situación. Hugo promueve la polémica y un diálogo abierto. Estamos en presencia de un gran maestro.

Afortunadamente, en cada uno de sus escritos él nos abre las puertas de su pensamiento, nos permite escuchar su trabajo, entrar en su consultorio.

Como tantos otros, he sido objeto de la generosidad y la presencia emocional de Hugo. En una ocasión en la que envié un artículo a *Aperturas* recibí una carta de Hugo que he guardado por años cerca mío por la influencia que tuvo en mi vida profesional. En esta me decía que el contenido de mi trabajo lo hacía sentir orgulloso de ser mi amigo. Qué mejor comentario a mi escrito que esas palabras, que aún resuenan en mí con gran cariño.

En otra ocasión, recibí de Hugo una serie de bellísimas fotografías que él había tomado subrepticamente de mi esposo y de mí durante una recepción de la API a la que habíamos asistido con Emilce y con él. Su enfoque mostraba su incomparable lectura de emociones, en realidad, la misma sutileza y sensibilidad que nos muestra en su trabajo clínico y teórico aparecía en esa apreciación pictórica de nuestra relación conyugal. Admirable, y sin necesidad de palabras.

Hugo seguirá siendo, a través de su obra, un mentor extraordinario que inspirará hacia una labor rigurosa, que acepte complejidades y que se abra a campos que puedan enriquecer el trabajo terapéutico y su creatividad. Aquellos que nos hemos beneficiado de su presencia y su influencia le estaremos para siempre agradecidos.

Un encuentro que hace diferencia

Jeanette Dryzun

Asociación Psicoanalítica Argentina (APA)

Transformar vivencias en palabras resulta difícil. Intentamos atrapar sensaciones que hemos experimentado entre personas. Siempre quedan cortas. En este mismo momento al pensarlas me emocionan, por la gran pena que supone escribir en memoria y agradecimiento hacia quien no está más entre nosotros. Nos sentimos compelidos definitivamente a soltar la esperanza de un próximo encuentro. Para mí, como para muchos otros, es la despedida al maestro, amigo, mentor y a una figura tan especial como singular que Hugo Bleichmar supo investir y sostener a lo largo de su vida.

Algo de historia sobre nuestro encuentro

Para cuando estaba haciendo mi formación psicoanalítica de postgrado conocí a Hugo Bleichmar a través de dos libros que me impactaron profundamente: *La depresión y El Narcisismo*. Hugo y Emilce Dio ya vivían en España, después de una forzada emigración de Argentina, país que compartíamos por origen (Buenos Aires), por Escuela de Medicina (Universidad de Buenos Aires [UBA]), por Institución de formación de Psicoanálisis (Asociación Psicoanalítica Argentina [APA]). No los conocía en persona. Pocos años después, en 1986, tuve la oportunidad de cursar seminarios con el Dr. Bruno Winograd. Fue gracias a Winograd que pude salir de mi solitaria lectura y dar rienda suelta al estudio acompañada entre colegas, todos muy entusiastas, sobre lo que pudimos comprender como una obra de trascendencia. Obra que con sólida comprensión de los conceptos psicoanalíticos freudianos y postfreudianos, lograba reformular, reconfigurar y actualizar el campo de las problemáticas clínicas, los funcionamientos psíquicos y psicopatológicos.

Recién en el año 2003 una vicisitud institucional me puso en contacto directo con Hugo. Desde allí se amplió y corporizó la experiencia entre la persona real con el pensador. Ese mismo año fundé junto con otros colegas un grupo de estudios dentro de APA: Espacio Autor: Avances y Aperturas en Psicoterapia Psicoanalítica sobre Ideas de Hugo Bleichmar, que funciona desde entonces ininterrumpidamente.

En APA todo Espacio Autor congrega psicoanalistas interesados en el estudio, investigación y debate sobre un autor, sus ideas, desarrollos conceptuales y trayectoria. En este caso, nuestra larga historia de 17 años ha sido estudiar la obra de Hugo desde sus inicios hasta la actualidad, así como la de sus soportes y fuentes de investigación que motivaron sus diversos recorridos. Como integrantes del Espacio se abrió ante nosotros una desconocida ruta hacia ideas y autores que no eran de circulación corriente y que nos lanzó a explorar horizontes insospechados de la teoría y clínica en psicoterapia psicoanalítica.

El Espacio se nutrió de innumerables visitas de Hugo a Buenos Aires tanto para conferencias, supervisiones, disertaciones, en las cuales sentimos la disponibilidad, complacencia, dedicación e interés que nos prestaba. Nos hemos quedado con valiosas reuniones, donde los debates ampliaron la comprensión de sus ideas, su estilo personal y argumentativo y también formas diferentes de interactuar en un debate sostenido en consensos, disensos e interrogantes. Varios congresos internacionales nos permitieron también compartir mesas de debate y diálogo que se sumaron a las videoconferencias que fueron la alternativa cuando no eran posibles los viajes. Entre el grupo del Espacio y Hugo se entabló una relación de riqueza y compartida resonancia. Hugo solía decir que le entusiasmaban nuestros planteos porque le permitían, a pesar del *common ground*, participar de un intercambio donde había colegas con diferencias sustanciales respecto de abordajes clínicos y posiciones frente a las teorías, a su aplicabilidad en la clínica y a las formas en que nos posicionábamos frente al pluralismo psicoanalítico.

Comprendí entonces que la heterogeneidad del movimiento psicoanalítico no solo albergaba ideas plurales, sino formas en que las mismas se procesaban, se integraban o bifurcaban o entraban en disenso de acuerdo a los estilos de formación recibidos, al perfil personal de cada uno y de la comunidad de pertenencia, al país o región de residencia y a las microculturas que servían de sustrato de referencia.

Algo del estilo de Hugo y su legado

Hugo creaba y mantenía climas especiales. Eran de entusiasmo, avidez, activación y, sobre todo, de honesto estado y disposición para un debate de ideas entre colegas.

Estos climas no son fáciles de alcanzar en los debates científicos. Precisan de la construcción minuciosa y delicada de una malla relacional entre personas, encontrar afinidades y canales de comunicación así como lograr un entonamiento mutuo para regularse en un nosotros con diferencias. Hugo lograba mantener y transmitir modalidades espontáneas que relajaban, que flexibilizaban la declamación de principios y valores disciplinarios y los discursos de lo obligado. A pesar de nuestra reconocida admiración al maestro, lo solemne se desvanecía rápidamente. El clima permitía ganar confianza, relajar inhibiciones y acercarse a modalidades de facilitación expresiva. Tanto a través de sus palabras, modos de decir lo que pensaba como por sus gestos, nos aunaba en un sentimiento compartido de pensar con libertad, soltando prohibiciones imaginarias propias a la comunidad de pertenencia. Se alentaba en cada uno, y por ende se multiplicaba en todos juntos, la emergencia de sentidos desde la palabra propia, la cual podía admitirse como incompleta o imperfecta, la idea aún en ciernes, la duda clínica. En muchas reuniones con material clínico el clima de transparencia y confianza era notorio, aun sabiendo que para cada colega exponer su labor asistencial siempre despierta fuertes inquietudes. También desde su lado, el material clínico personal que Hugo nos ofrecía tenía esa cualidad de transparencia y honestidad, tal como él la sentía trascurriendo con su paciente.

Finalmente los encuentros con Hugo fueron siempre un escenario tan científico como lúdico. Esta atmósfera habilitaba un territorio confiable entre colegas tanto para consensuar validaciones como rectificaciones. No obstante, a Hugo se lo recuerda como un fino conocedor de las teorías y un clínico avezado con convicciones firmes ganadas en la práctica y el estudio, por lo cual no resultaba fácil contradecir sin argumentos, no obstante lo cual, lo que perdura como ganancia son esos climas de apertura despojados de lo solemne, muchas veces propio a las discusiones psicoanalíticas y académicas en general.

Habitar una arquitectura interaccional donde las dimensiones de libertad de pensamiento fluyen, determinan a mi entender lo que hizo la diferencia y lo que significó en mi persona la oportunidad de conocer a Hugo Bleichmar.

Si insisto en la descripción de estos climas es porque no solo describen su persona en interacción con los otros, sino porque atraviesan su obra escrita, su forma de pensamiento y su forma de interlocución con las teorías y las problemáticas clínicas. Representan, a mi entender, la impronta indeleble en su obra.

La formación psicoanalítica es, como tantas otras, laboriosa, prolongada y esforzada. Supone mucho estudio y experiencias con el análisis personal y diversas supervisiones, que entendemos tan insustituibles como necesarias pero no siempre suficientes. Lo necesario aporta sobre contenidos y experiencias para asegurar un conocimiento idóneo y correcto, pero nada dice de lo que supone un acto de apropiación y personalización de nuestro ser psicoanalítico. Tal vez este resto sea un recorrido más solitario; una encrucijada más circunscripta por un campo testimonial que curricular; posiblemente empujado y motivado por el encuentro entre uno mismo con el saber, con los límites singulares del propio destino pulsional, con los avatares inciertos que entrecruzan nuestra intuición y el azar. Resto siempre incompleto, pero aun así, desde el cual logramos labrar algunas capacidades personales sobre el saber hacer y sobre cómo elegimos nuestros campos referenciales.

Ya la formación analítica y mis recorridos personales me habían señalado que lo conocido no podía cristalizarse en una construcción conclusiva. Entonces, ¿qué hizo la diferencia al conocer a Hugo, en qué me marcó?

Tal vez hizo posible pasar del mero enunciado a la acción, al encuentro de los elementos propios que me anudaron a una química de transformación o sublimación personal. Hugo fue un encuentro significativo en mi vida profesional, del tenor de aquellos encuentros que abren la cabeza, habilitan saltos cualitativos, aquellos que producen un punto de inflexión en nuestra sustancia y textura específica de psicoanalista. En este sentido, son muy pocas las figuras significativas con las que nos encontramos y Hugo fue uno de ellas.

Hay una diferencia grande entre ser un buen analista, correctamente formado y aplicado en la técnica, y poder desarrollar en uno mismo un espíritu personal que mantenga la tensión de necesidad entre un sólido piso de idoneidad y un horizonte abierto para la curiosidad y el riesgo de innovación. Abrir la cabeza supone un corte con el ideal y con la tradición, una resignación de la zona de confort convencional y correr la aventura de remodelarnos en forma personal, en lo que somos por lo que hacemos y pensamos.

Hugo no solo provenía de la medicina y de la investigación, sino de una formación psicoanalítica muy extensa y profunda. Su trayectoria lo mostró poco inclinado a la obra lacaniana, pero conocedor profundo de sus ideas. Lector exquisito de la obra de Piera Aulagnier, logró interlocuciones interesantes con esta autora, que observamos plasmadas en sendos libros sobre la depresión y el narcisismo. No obstante lo cual, lo vemos reconfigurar el tema y su posición en el libro *Avances en psicoterapia psicoanalítica*, siendo otras las ideas que recorre. Estudioso sutil y detallado de Freud, nunca dejó de usar sus conceptos para reflexionar sobre problemas clínicos y teóricos con los cuales y a través de estos, incursionar en modelos teóricos a veces alejados o en contraposición con conceptos freudianos. Sobresalía en Hugo su interés por nuevas formulaciones, si estas le permitían un abordaje diferenciador y específico hacia la problemática clínica, sus configuraciones epocales y la formas de sufrimiento actual. Apreciaba la obra de Kohut y Winnicott como

de otros tantos, tal como vemos en su rescate y énfasis de las ideas de Mitchell, Loewald, Benjamin, Lyons-Ruth, Stern, Lichtenberg, así como incursionar fuertemente con las líneas intersubjetivistas.

Su avance y apertura hacia abordajes psicoterapéuticos integrados a la vez que diferenciados, lo llevó a acuñar el modelo Modular-Transformacional, que admite a la vez elevados niveles conceptuales desde el interjuego de diferentes modelos teóricos y dimensionarlos en su cercanía y posibilidad a las manifestaciones clínicas.

Hugo fue fiel a sí mismo. No se conformó ni con ser un repetidor afiliado a los postulados freudianos cristalizados ni optó por ser un conspicuo afiliado a una escuela postfreudiana ni, menos aún, migrar a otra comunidad teórica no psicoanalítica de la salud mental. Se quedó en y con el psicoanálisis, pero en una posición de diálogo permanente con la comunidad científica extramuro e intramuro para dar un marco multidisciplinario a las necesarias rectificaciones, variaciones y validaciones. Desde allí, entendemos sus escritos tendiendo puentes con las neurociencias, cognitivismo, lingüística, sociología y filosofía.

Marca su norte cuando privilegia la visión compleja que no mitiga la incertidumbre, pero desiste del reduccionismo simplificador de la problemática humana. He ahí la huella de su inquietud, de su estilo personal, de sus exploraciones, de su curiosidad perseverante, de su vocación epistemofílica hacia un saber no conformado ni conformista. Si las ideas pueden trascender, es también cierto que pueden ser reemplazadas, situación que para nada atemoriza a Hugo, sino más bien lo empuja en su afán de ir más allá.

Como clínico y como pensador, Hugo Bleichmar merece que no lo leamos ni lo recordemos bajo un anhelo de idealización sino que lo usemos, lo discutamos, lo aprendamos y lo interroguemos.

Nunca fui paciente de Hugo y estimo que los que fueron podrán dar cuenta de esa experiencia. No obstante, mis diálogos con él permitieron apreciar una particular sutileza y diversidad de matices en el abordaje clínico, una mirada interesante, amplia y diversa en recursos. Se notaba que sabía manejar muchos esquemas teóricos que la situación clínica pudiera evocar, pero siempre encontrar la dimensión dramática que afectaba al paciente y la dimensión de engarce singular que ese paciente lograba construir con su analista.

Hugo estaba interesado en la vida del paciente, en cómo algo lo afectaba en sus relaciones y en su vida intrapsíquica. Se mostraba muy sólido para pensar diagnósticos categoriales y dimensionales en psicopatología y, sin desestimarlos, se enfocaba en conocer profundamente a quién estaba asistiendo. Este interés le daba acceso a la polifonía de sentidos, sensaciones y contenidos que concentraba la escena terapéutica, tanto respecto de la transferencia como de la relación terapéutica. Su foco era principalmente pensar cómo llegar cerca del paciente, cómo hacerse cercano, cómo construir un lenguaje de comunicación verbal y gestual que los conectara, sentir al paciente en sus propios términos dramáticos, vivenciar lo que lo afligía o cómo se afligía y cómo esto influía la interacción mutua. Hugo buscaba trasportarse a su mundo para comprenderlo. Este esfuerzo de allegamiento al paciente lo refería como una fuerza propia de la relación, interesado en que el paciente la perciba, se vuelva activo en su proceso y comprenda que si ambos encontraban un plano de allegamiento mutuo el proyecto terapéutico podía ser beneficioso.

Le interesaba el contenido del relato como las gestualidades que lo acompañaban así como las respuestas a la interacción. Y desde allí pensaba la subjetividad como fuerzas de

restricción o ampliación del ser. Hugo enfatizaba que el relato tenía una valencia tanto semántica como afectiva y que también era una vía que usaba tanto el paciente como el analista para inducir cosas en el otro, regular los estados de ánimo y la influencia del otro en uno mismo.

Escuchar a Hugo trabajando con un paciente propio u ofrecido a un ateneo clínico por otro colega era sumergirse en un torbellino de ideas, de líneas de fuerzas, planos de clivaje, delimitación de focos motivacionales, conflictos simultáneos en acción, problemáticas relacionales e intrapsíquicas superpuestas y todas ellas ameritaban conjeturas teóricas y decisiones a tomar. Lograba sostenerse en ese torbellino clínico y de pensamiento y tentar alguna salida, sutil y cautelosa a la vez que ofrecida al paciente para ser trabajada y compartida.

Hugo manejaba una conducta abstinerente oportuna, pertinente y regulada a cada situación clínica. Diferenció claramente lo que llamó neutralidad valorativa relacionada con la ética y la neutralidad afectiva. Los afectos representaban una motivación de primer orden, a la vez que una brújula y un instrumento relevante en la relación terapéutica. Se definía como más intervencionista que silencioso. Situación que se correspondía con un proyecto analítico donde el paciente fuera activo frente a sus problemas, así como fuera activo en su interacción e interlocución con el analista. Hugo no creía en las interpretaciones reveladoras, correctas y de certeza. Le ofrecía al paciente intervenciones en calidad de hipótesis buscando que analista y paciente pudieran validarse y rectificarse. Resaltaba que así como era ineludible la transferencia negativa, el analista debía buscar un rango de comodidad en la relación terapéutica y en su trabajo. Era muy consciente de los perjuicios propios a las formas masoquistas enquistadas en el carácter o a formas de impostura o de falso *self* cuando estas se perpetuaban e inhibían la expresión de lo auténtico. La relación terapéutica debía conseguir forjar un trasfondo de confianza, autenticidad y seguridad.

Finalmente, unas palabras sobre Hugo y Emilce. No han sido muchas las oportunidades, siempre científicas, que tuve junto a ambos. Genio y figura cada uno por sí mismo, uno como el otro han logrado con sus ideas, intereses, temas fundamentales y desarrollos plasmar su impronta y ganar merecido reconocimiento en el medio académico. Pero intuyo que no eran el uno sin el otro, ni la mera suma aritmética de dos en un matrimonio, sino la conjunción armónica de algo interesante y multiplicador.

De esos pocos encuentros, mantengo en mi retina una viva imagen de ambos discutiendo ideas y puntos divergentes, en un fuerte ping pong que iba y venía. Y de repente cobra centralidad una escena entre ambos. Veo que se refleja una benévola complicidad y contrapunto, una linda pizca de picardía, lazos invisibles, miradas de admiración que se cruzan entre ellos, apoyo y confianza y, sobre todo, mucha sal y pimienta. Pienso que esa escena de debate académico debía ser también reflejo de cómo vivían juntos la vida.

Hasta aquí llego con estas líneas, las cuales no pretenden reflejar académicamente las ideas de Hugo Bleichmar, sino simplemente dejar mi testimonio de los encuentros con un maestro.

In memoriam, Dr. Hugo Bleichmar

Agustín Genovés Candioti

Miembro Asociado de APM
Miembro Adherente de APDEBA

Conocí a Hugo a través de su producción antes del primer encuentro personal que tuvimos en Madrid una vez que se hubo instalado en España. Lo primero que me llegó de él fue aquel libro publicado en 1981 que se llamaba *Introducción al estudio de las perversiones. La teoría del Edipo en Freud y Lacan*. Me resultó cautivante la claridad con la que exponía un tema de difícil digestión para alguien que, en aquellos momentos, venía de la óptica del kleinianismo. Fue un libro que consideré tan útil que lo incorporé a la bibliografía de los primeros seminarios que dicté en Madrid antes de la llegada a España de Hugo y Emilce. Años después, en una charla previa al comienzo de una clase, le comenté el impacto que me había provocado su lectura; me sorprendió que me dijera que ya no estaba conforme con lo escrito entonces. Señalo este hecho que destaca una de sus características intelectuales: la permanente revisión de sus ideas y de su producción; digamos que su impulso de búsqueda no se aferraba a ninguna idea anterior que podría obstruirle el camino hacia un nuevo conocimiento. Algunos años después, no recuerdo cuántos, ya ellos en Madrid, tuve la oportunidad de conocerlo personalmente y allí comenzó una relación personal que sigo considerando muy fructífera para mí. Primero como alumno, después como colaborador al comenzar Elipsis su recorrido allá en el Paseo de la Castellana cerca de Plaza de Castilla. En esta etapa fui su ayudante de seminario en el curso de posgrado Especialista Universitario en Clínica y Psicoterapia Psicoanalítica, organizado por la Universidad Pontificia Comillas, y a la vez alumno, porque escuchar las clases teóricas que Hugo impartía era un aprendizaje constante y enriquecedor. Años después me invitó a formar parte de la Comisión Fundadora de la Sociedad Forum de Psicoterapia Psicoanalítica, en cuya directiva estuve durante dos años. Resumiendo, primero fui su alumno, luego colaborador, pero siempre un discípulo.

Y creo pertinente hacer esta diferencia porque un alumno tiene un profesor, pero un discípulo tiene un maestro. Un profesor enseña una asignatura, una materia en la que se le supone una destreza, pero un maestro es aquel que no solo trasmite un conocimiento académico sino que, y fundamentalmente, enseña con su ejemplo. Ejemplo de amor al estudio, independencia de criterio, ejemplo de un juicio crítico que no acepta sin profunda reflexión ninguna moda teórica. En fin, un maestro es aquel que enseña a pensar. Y ese fue el Hugo Bleichmar que conocí y con quien tuve el privilegio de colaborar.

Hugo nos ha dejado pero queda el ejemplo de su vida de trabajo y enseñanza y aquello en mí que de él pude incorporar y mi agradecimiento.

Referencias

Bleichmar, H. (1981). *Introducción al estudio de las perversiones. La teoría del Edipo en Freud y Lacan*. Nueva Visión.

Mi homenaje a Hugo Bleichmar

Juan Pablo Jiménez

Universidad de Chile
Asociación Psicoanalítica de Santiago (APSAN-IPA) (Chile)

Vivir en la interfase para no quedar atrapado en mundos fragmentarios.

–Hugo Bleichmar

Estos últimos días me he preguntado que fue aquello que me heredó tanto con Hugo en lo personal y en lo académico, considerando que nuestra relación profesional y nuestra amistad no tiene más de 20 años. Fue un encuentro de la madurez. El encuentro con Hugo no fue solo personal, pues lo *descubrimos* con un grupo de psicoanalistas con los que trabajo desde hace 30 años enseñando psicoterapia dinámica a jóvenes terapeutas y atendiendo pacientes a aranceles reducidos. Les pedí a mis compañeros que compartieran conmigo el impacto que Hugo tuvo en ellos. Lo que sigue es un breve relato de esas impresiones.

En el pequeño grupo de psicoanalistas que nos reunimos a principios de los noventa del siglo pasado para fundar la Corporación de Salud Mental Salvador, empezamos a conocer a Hugo Bleichmar a través de sus escritos. Fue tal el interés que despertó en nosotros su pensamiento que el año 2004 invitamos a Hugo y Emilce a Chile. En esa ocasión estuvimos un día entero conversando e intercambiando ideas sobre el presente y el futuro del psicoanálisis. Les contamos lo que hacíamos, nuestra visión del psicoanálisis, de la clínica y de la teoría, compartimos con ellos sobre nuestra búsqueda de un estilo propio de trabajar con los pacientes. Hugo nos habló de su trayectoria, de la evolución de sus ideas, de su primer interés por las ciencias naturales y la biología, de su fascinación por Freud y el psicoanálisis, su acercamiento y posterior alejamiento de Lacan, la influencia de Chomsky en su modelo modular de la mente. En esa ocasión todo el grupo tuvo la impresión de que Hugo tenía una especial transparencia en su manera de pensar y de comunicar su visión de la clínica y de la relación con las teorías. Creo que eso fue lo que nos fascinó. Una forma especialmente generosa de conversar, donde mostraba genuino interés por el diálogo, y donde disfrutaba tejer con nosotros el intercambio intelectual, con un estilo para nada intimidante. Nuestro grupo había sido formado en un psicoanálisis kleiniano bastante estricto y muy aislado en sus concepciones teóricas y técnicas. El “esto no es psicoanálisis” era un mandato que sentíamos nos impedía abrirnos a la interdisciplina, al contacto con otras maneras de acercarnos al conocimiento de la mente. Con dificultad buscábamos una mayor libertad para pensar lo que hacíamos. En Hugo encontramos un mentor en nuestra búsqueda. Por cierto, no es casualidad que la revista que fundó llevara el título de “aperturas”. Nos

iluminó la relación que Hugo tenía con las teorías: una distancia precisa para poder usarlas, tanto para pensar en el paciente como para proponer un sistema propio, integrador de otros enfoques teóricos. Nos ayudó a quitarnos el prejuicio (no solo kleiniano) de que lo *cognitivo* tenía menos valor que lo psicoanalítico. Nos atrajo su estilo de científico riguroso y de clínico cercano. Fue la primera vez que escuchamos hablar de las diferentes formas de existir del inconsciente, idea que encontramos clave para el desarrollo del psicoanálisis y que da asidero teórico al tratamiento psicoterapéutico de pacientes deprimidos que llegan desvitalizados y que requieren de un terapeuta especialmente activo, vitalizador y no solo *interpretador*. Pero quizás lo que más nos sirvió fue observar y emular su capacidad de operacionalizar clínicamente los conceptos teóricos psicoanalíticos, de explicar conceptos difíciles con palabras sencillas.

Después de ese encuentro en Santiago, viajamos con Hugo y Emilce a Reñaca, en Viña del Mar, donde lo habíamos invitado a participar en el Congreso de Psicoterapia, evento anual que organizamos desde fines de los noventa con el capítulo chileno de la Society for Psychotherapy Research y el Comité de Psicoterapia de la Sociedad Chilena de Neurología y Psiquiatría. En ese congreso, alrededor de doscientos psicoterapeutas jóvenes, psiquiatras y psicólogos, se encuentran con clínicos expertos y científicos de trayectoria. Hugo nos expuso sus ideas y lo vimos *en acción*, supervisando, junto a Jessica Benjamin, un material clínico de uno de nuestros alumnos. En ese evento se presentaron muchos trabajos clínicos y teóricos. Recuerdo que Hugo y Emilce no tuvieron reparos en criticar muy directamente, aun cuando siempre de manera dialogante, a una presentadora lacaniana que parecía hacer caso omiso de la investigación en relación temprana madre-bebé y en apego. (Se notó que tenían poca paciencia con los lacanianos). En ese congreso en Reñaca, uno de los miembros psicoanalistas más jóvenes de nuestro grupo supervisó un material delante de una gran audiencia. Él nos contó que Hugo le dijo cosas tan buenas que le dieron pudor (no estaba acostumbrado a supervisiones tan apoyadoras). Ese mismo material lo presentó después en nuestra asociación psicoanalítica y analistas kleinianas se lo destruyeron; esa experiencia contradictoria lo paralizó. Ese era precisamente el tipo de atrapamiento del que buscábamos liberarnos, Hugo invitaba a una libertad frente las teorías y orientaciones que permitía seguir pensando sin sentirse amenazado. No sé como habrá sido Hugo en su juventud, pero nos tocó conocerlo en un momento en que no descalificaba en las discusiones, más bien daba la impresión de que no quería perder el tiempo en eso, que lo que le fascinaba era encontrar ideas nuevas. Fue un buen aprendizaje para nosotros.

Eso de que no quería perder el tiempo en controversias inútiles lo comprobé el día entero que paseamos por las calles de Valparaíso contándonos nuestras vidas. Encontramos paralelismos. Me contó de su militancia en política de izquierda en la juventud, de sus ideas progresistas, de su ruptura con la institución psicoanalítica y la IPA, de su posterior exilio itinerante hasta instalarse en Madrid. En esa época yo sentía que mi propia pertenencia a la institución psicoanalítica era como un corsé que por momentos se me hacía difícil de sobrellevar. Me advirtió que siguiera adentro, que ellos lamentaban haberse retirado durante tantos años; que, a pesar de todo, el diálogo dentro de la Asociación Psicoanalítica Internacional era importante y nutritivo y permitía encontrar interlocutores inteligentes. En esa caminata por Valparaíso lo sentí acogedor, interesado, generoso, ofreciéndome su amistad.

(Cuando me enteré de la muerte de Hugo, llamé a Emilce y le dije que sentía mucho no poder seguir con nuestras conversaciones, que la relación con él me dejó con gusto a poco. Ella me respondió escueta: “te imaginarás lo que yo siento...”. A fines del 2019 tuvimos una larga conversación telefónica sobre el efecto psicológico de la situación

sociopolítica chilena, el estallido social de octubre y sobre las posibles razones de por qué las mujeres chilenas se deprimían cinco veces más que los hombres y no dos veces más, como es en el resto del mundo. Hablamos de su teoría de la patogénesis de la depresión y su aplicación a la psicopatología social. En esa conversación le pedí que escribiera el prólogo de la traducción de la segunda edición inglesa del libro de psicoanálisis de Thomä y Kächele que yo acababa de terminar, tarea que aceptó gustoso y que no alcanzó a completar (espero que lo haga Emilce).

Con Hugo compartimos un sentimiento de marginalidad, que nos permitía mirar el psicoanálisis desde la interfaz con las demás ciencias y disciplinas de la mente. Cuando yo tenía apenas 21 años y estudiaba filosofía y teología, me topé con Karl Rahner, gran teólogo alemán del siglo veinte. En uno de sus escritos leí que las ciencias y disciplinas progresan en la interfaz con las ciencias y disciplinas vecinas, en las Grenzfragen, en las preguntas fronterizas. Esta frase ha orientado toda mi vida intelectual. Me hermané con Hugo al descubrir nuestra mutua fascinación por el pensamiento desde los bordes. Entendí también mi ambivalencia frente a una institución psicoanalítica que presiona (por lo menos esa ha sido mi experiencia) por llevarnos al pensar conocido y... adocenado.

Posteriormente, siendo yo presidente de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal), nos visitó el 2008 durante un congreso, donde dos colegas de la Corporación Salvador tuvieron la oportunidad de entrevistarlo para la revista institucional. Algunos años después me invitó a dictar un seminario en Madrid sobre investigación en psicoterapia y clínica psicoterapéutica. En todas estas oportunidades confirmé las primeras impresiones y pude disfrutar de largas y fructíferas conversaciones con Emilce y Hugo, en la intimidad de su hogar. Me siento privilegiado y agradecido de haber compartido trayectos de mi vida con Hugo Bleichmar.

A propósito de la muerte de Hugo Bleichmar

Marianne Leuzinger-Bohleber

Sigmund Freud Institute (Frankfurt)

Todos los que nos dejan se llevan con ellos un poco de nosotros.

– Gerhart Hauptmann

Me sigue pareciendo un shock que Hugo –para mí de forma repentina- nos haya dejado. El intensivo intercambio con él se ha interrumpido de forma abrupta e inesperada. Aún el pasado 31 de marzo, me agradecía en un email, de forma conmovedora, "por tenerme en cuenta", compartía conmigo los horrores de la crisis del coronavirus y me animó, a pesar de los tiempos oscuros, personalmente y en mi vida cotidiana profesional.

Estoy muy triste y en estos días pienso especialmente en la esposa de Hugo, en sus hijos, sus nietos y su familia en general. Espero que reciban mucho consuelo y afecto en estos tiempos difíciles.

No dejaremos que la conexión interna con Hugo se rompa. Mantendremos vivo su recuerdo y el de su obra, como amigos, colegas, psicoanalistas e investigadores. En todos los años que lo conocí –hasta sus últimos días– Hugo estuvo comprometido con el futuro del psicoanálisis y su investigación. Jorge Canestri estableció el contacto personal entre nosotros en 2003. "Hugo Bleichmar es el mejor investigador psicoanalítico de la depresión de nuestro tiempo", dijo. ¡Cuánta razón tenía! Fue un gran regalo para mí que Hugo acompañara y apoyara el estudio LAC desde su inicio en 2005, que viniera a Frankfurt para varios talleres y conferencias y que nos invitara a Werner y a mí a Madrid para discutir con él y sus colegas los primeros resultados del estudio sobre la importancia del trauma severo para la depresión crónica. En un intercambio personal con él y su esposa durante una inolvidable velada en su casa, aprendimos lo estrechamente conectado que estaba personalmente con este tema.

Cuando la Junta de la IPA nos pidió en 2017 que abordáramos la influencia de la frecuencia de las sesiones semanales en el resultado de los psicoanálisis en un nuevo estudio internacional y de múltiples centros, y que lo combináramos con un estudio de réplica del estudio LAC, fue Hugo quien notó cuánto dudaba y que temía la gran responsabilidad. Fue él quien me animó a que al menos intentara poner en marcha el estudio MODE. Hugo estaba convencido de que el psicoanálisis de hoy en día necesita investigación, tender puentes entre los clínicos por un lado y los investigadores empíricos e interdisciplinarios por el otro. Incluso estaba dispuesto a ayudarme a escribir un *Libro de trabajo psicoanalítico (Manual)*, un requisito previo indispensable para la aceptación de MODE en el panorama actual de la investigación en psicoterapia.

Tan recientemente como el 12 de febrero de 2020, se conectó a través de video a un taller de medio día del grupo internacional de investigación MODE en Nueva York. Discutimos el borrador de este libro de trabajo/manual psicoanalítico. Le había enviado a él y a mis colegas material clínico sobre uno de los primeros tratamientos analíticos de MODE de antemano. Inolvidable para todos nosotros es la actitud sensible y empática de Hugo y la forma en que comentó el material clínico, impregnado de años de investigación clínica y conceptual en pacientes con depresión crónica y trauma. Me animó, como analista, a observar con precisión las actuaciones de las experiencias traumáticas de este joven, gravemente enfermo, con su objeto primario depresivo en mis reacciones de contratransferencia por un lado, pero también a vigilar sus impulsos y fantasías extremadamente estimulados y agresivos por otro lado. Su sensible sugerencia de interpretación combinaba ambos aspectos y al mismo tiempo abría los ojos del paciente a su propia responsabilidad para dar forma a su vida.

Así Hugo nos permitió participar, una vez más, de su incomparable competencia psicoanalítica, intelectual y humana. Discutió con nosotros las cuestiones metodológicas y prácticas del proyecto, pero parecía cansado y agotado después de las muchas horas de intercambio. "Tengo que cerrar ahora, para no perder mi rutina", dijo a su modesta, directa y honesta manera.

Inolvidable para nosotros es también su conferencia en la última Conferencia de Joseph Sandler en Buenos Aires en mayo de 2019, donde los colegas argentinos habían organizado una pantalla grande y Hugo fue traído de vuelta a la Argentina. Yo, y probablemente la mayoría de mis colegas, pudimos sentir su profunda amistad con los colegas argentinos, presumiblemente también por la traumática historia del psicoanálisis en este hermoso, pero muy agobiado país.

Su conferencia "Subtipos de depresión como producto de los procesos de transformación psicodinámica", mostró la forma en que Hugo desarrollaba una vez más su innovador modelo para la psicodinámica de la depresión. Al final de su presentación Hugo incluso planteó que lo que decía sobre los procesos que conducen a la depresión podría considerarse como ejemplo de un modelo para la comprensión de las condiciones patológicas en general.

Para mí y para muchos otros, Hugo personificaba de manera única e idiosincrásica la actitud freudiana de una unidad de "investigación y curación" (*Forschen y Heilen*). A lo largo de su vida, desarrolló constantemente su pensamiento y su comprensión conceptual y clínica, combinándolos con el estado del arte de la investigación interdisciplinaria actual. El psicoanálisis internacional ha perdido una de sus mentes más creativas, un clínico muy dotado y una personalidad profundamente humana.

Hugo se ha llevado un pedazo de mí con él. Mi mundo no volverá a ser el mismo sin él. Lo extrañaré mucho como un querido amigo, colega, psicoanalista e investigador. Le dedicaremos el Libro de Trabajo Psicoanalítico/Manual del Estudio MODE como una pequeña muestra de gratitud y recuerdo.

Hugo Bleichmar, profesor

Luis López-Yarto

Universidad Pontificia Comillas

He recibido con gran dolor la noticia del fallecimiento de Hugo Bleichmar. Mi ausencia de España en los últimos años nos había separado demasiado tiempo. Ahora acuden, con calidez, uno tras otros recuerdos.

Su presencia como profesor, con Emilce cercana como siempre, atendiendo a los alumnos de Psicología de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid, nos mantuvo en estrecha relación no pocos años. Su comprensiva presencia en tribunales de tesis doctorales, la solidez y honestidad de sus puntos de vista científicos, llenos siempre de hondura y humanidad, constituyen ya parte de mi memoria personal más grata.

Cada primavera convocaba Hugo en la Facultad lo que él titulaba las Jornadas Clínicas de Psicoterapia Psicoanalítica. Se trataba de un sábado de profundización alrededor de alguna de sus reflexiones más personales. Los profesionales y académicos que acudían eran invariable y llamativamente numerosos, el ambiente resultaba cordial, riguroso y participativo, y las propuestas de Hugo siempre inspiradoras.

He desempolvado algunas presentaciones de las que solía hacer, como Decano, a estas jornadas. Tengo ante mí la del remoto sábado 17 de marzo de 2001. Recordando la Carta Magna de las Universidades Europeas firmada en Bolonia trece años antes, en 1988, comentaba así:

Cuesta caer en la cuenta de que con esta actividad cordial, de amistad y de camaradería, estamos contribuyendo “de modo riguroso y crítico a la tutela y el desarrollo de la dignidad humana y de nuestra común herencia cultural”. Y sin embargo es así. Ha venido siendo así desde hace muchos años, cada vez que Emilce y Hugo nos han convocado a sus jornadas imprescindibles.

Adviertan cómo coinciden cada uno de los elementos que cita Bolonia: rigor y sentido crítico nunca han faltado. Sabemos que hoy no van a faltar hoy tampoco. No habrá miedo a acusaciones de heterodoxia psicoanalítica o de exagerada flexibilidad. Bleichmar personifica aquello de que es amigo Platón, pero más amiga es la Verdad. Investigación que se comparte, y se convierte en enseñanza jugosa, la tenemos asegurada. Verdad, rigor y trabajo que apuntalan la dignidad humana y hacen de cada palabra una profesión de humanismo y de cada reflexión una proclama de profunda honestidad.

Vino hacia mí Hugo entre dos intervenciones de otros compañeros para comentarme cómo se sentía identificado con la actitud de viejo axioma griego. Siempre abierto a la

verdad, sin dogmatismos. Más amigo de la verdad que de Platón. Hugo era un humanista a su personalísimo modo y una mentalidad perennemente abierta.

Comenté otro día con Hugo la escena memorable de *Memorias de Adriano*, que leía por aquel entonces, en que Yourcenar (2000) hace hablar al viejo emperador nacido en Andalucía:

En España, cerca de Tarragona, un día que visitaba solo una mina semiabandonada, un esclavo cuya larga vida había transcurrido casi por completo en los corredores subterráneos, se lanzó sobre mí armado de un cuchillo. Muy lógicamente, se vengaba en el emperador de sus cuarenta y tres años de servidumbre. Lo desarmé fácilmente, y lo entregué a mi médico; su furor se calmó, y acabó convirtiéndose en lo que realmente era, un ser no menos sensato que los demás y más fiel que muchos. (...). Aquel bárbaro condenado a trabajar en las minas se convirtió para mí en el emblema de todos nuestros esclavos, de todos nuestros bárbaros. (p. 97)

“Hugo –le decía yo luego–, ¡para cuántos has sido en la vida otro emperador Adriano, que libera esclavos subterráneos, malformaciones que circulan por subterráneas minas ocultas, y las convierte en sensatez y lealtad constructiva!”

Reía Hugo ante la comparación poco académica, pero entendía bien mis palabras. Su mente entregada con seriedad a entender en profundidad a cada paciente. Su corazón fatigándose por acoger y recolocar resentimientos, impulsos y antiguas heridas. Roca implacablemente humana desarrollando eficazmente una actividad digna de emperadores.

Admiré siempre en Hugo Bleichmar su capacidad para plantear las cuestiones más candentes con valentía y para buscarles una solución sin por ello poner punto final al problema. Con cada paso adelante gustaba de abrir la perspectiva a cuestiones nuevas. Ahora, por fin, pienso, ha salido al encuentro del misterio definitivo, de la gran novedad.

Me dicen que su enfermedad ha sido larga. Imagino a Hugo viviendo su situación con su habitual dignidad. Consciente quizá de la huella que deja en muchas personas. De la calidad de sus incondicionales.

Le dedico con mi admiración estas palabras en modesto homenaje de amistad.

Referencias

Yourcenar, M. (2000) *Memorias de Adriano*. Planeta

Hugo Bleichmar

Mario Marrone

The British Psychoanalytic Association

Hugo Bleichmar y yo nos conocimos personalmente en una reunión sobre teoría del apego que organizó nuestra común amiga y colega Jorgelina Rodríguez O'Connor, ya fallecida, en el Centro Psicoanalítico de Madrid. No recuerdo exactamente la fecha, creo que sucedió alrededor del año 1995. Esa reunión se prolongó en un restaurante. En esa oportunidad ocurrió algo muy particular e inesperado: Hugo y yo nos sentimos inmediatamente conectados a nivel afectivo e intelectual. Ese fue el inicio de una larga amistad. En esa época yo estaba redactando la primera edición de mi libro *La Teoría del Apego: un enfoque actual*, que fue publicada unos años más tarde en Madrid (Marrone, 2001). Le pedí a Hugo que escribiese el prólogo y así lo hizo. Para mí fue un gran honor que una persona del calibre de Hugo fuese el autor de ese prefacio.

A principios de la década del 2000 viajé varias veces a Madrid para asistir a reuniones de Forum. Aunque yo no era miembro de esa institución, siempre Hugo, Emilce Dio Bleichmar y otros colegas de esta institución me recibieron como a un miembro de la familia. En aquellos tiempos yo ya vivía entre Londres y Alicante y, de una manera u otra, encontraba el modo de acercarme a Madrid de vez en cuando, en tren o avión, aunque no con la asiduidad que yo hubiese deseado. Tengo memorias muy vívidas y emotivas de algunas de mis visitas a Forum. En años subsiguientes, Hugo y yo nos encontramos en jornadas del International Attachment Network (IAN) en varias ciudades de España. De hecho, Hugo presentó una ponencia sobre la relación entre la teoría del apego y el enfoque Modular-Transformacional en las primeras de jornadas de IAN España, celebradas en Elche en 1998.

Con el tiempo, mi vida profesional y personal se fue complicando y no pude continuar mis viajes regulares a Madrid y mi asistencia a estas reuniones. Sin embargo, Hugo y yo continuamos colaborando mutuamente en la manera de lo posible. En el año 2000 organicé en Londres unas jornadas del International Attachment Network en las cuales Hugo presentó una ponencia sobre el tema "Del apego al deseo de intimidad". Este era un tema que le interesaba mucho a Hugo y que fue motivo de una publicación suya en *Aperturas Psicoanalíticas*, (Bleichmar, 1999). Dicho sea de paso, Hugo hablaba el inglés muy bien. En el año 2003, Mauricio Cortina (un colega de Washington) y yo publicamos un compendio sobre la teoría del apego y el proceso psicoanalítico en inglés, en Londres (Cortina y Marrone, 2003). Hugo aceptó nuestra invitación a escribir un capítulo sobre el apego y la intimidad.

Alrededor del año 2005, mi querido y venerable analista londinense Eric Rayner, con quien yo estaba en terapia desde hacía varios años, parecía estar un poco desmemoriado. Un día me dijo que había decidido dejar de trabajar y terminar mi análisis porque tenía síntomas iniciales de Alzheimer. Para mí, este fue un golpe bastante duro y me sentí muy vulnerable.

Le pedí a Hugo que me diese unas sesiones de terapia, para lo cual yo estaba dispuesto a viajar periódicamente a Madrid, no importase el esfuerzo que eso involucraría. En esa época la terapia *online* todavía no se había desarrollado. Hugo me respondió diciendo que, dada nuestra amistad, podíamos hablar de mis problemas sin necesidad de concebirla como una terapia en el sentido estricto de la palabra. Eventualmente le pedí terapia a Anne Marie Sandler en Londres, pero el gesto de apoyo y generosidad de Hugo quedó grabado en mi memoria.

Desde el punto de vista teórico, le debo a Hugo una comprensión clara y profunda de los modelos motivacionales. En el mundo del psicoanálisis hay varios modelos multi-motivacionales que se ofrecen como alternativa al modelo pulsional freudiano por razones muy válidas. Fairbain y Bowlby abrieron el camino. Bowlby lo hizo con fundamentos científicos convincentes. Hugo Bleichmar y Emilce Dio Bleichmar, Joseph Lichtenberg, Mauricio Cortina, Giovanni Liotti, Brian Lake, Dorothy Heard y otros han sido pioneros en este sentido. La importancia del enfoque Modular-Transformacional es que tiene una gran utilidad clínica y articula muy bien los postulados teóricos con la técnica en psicoterapia.

Hugo tenía solidez intelectual, creatividad, salud ética, compromiso y seriedad profesional, amabilidad en el trato y capacidad de expresión afectiva. Lo echaremos de menos. Vivirá en nuestra memoria y en nuestro trabajo clínico.

Referencias

- Bleichmar, H. (1999). Del apego al deseo de intimidad. *Aperturas Psicoanalíticas*, (2). <http://aperturas.org/articulo.php?articulo=0000074>
- Cortina, M. y Marrone, M. (Eds.). (2003). *Attachment Theory and the Psychoanalytic Process*. Whurr Publishers.
- Marrone, M. (2001). *La teoría del Apego: Un enfoque actual*. Editorial Psimática.

Agradecimiento a Hugo Bleichmar

Rufino J. Meana

Universidad Pontificia Comillas

A los que se empecinan en dudar, a pesar de la euforia narcisista que brinda la certeza compartida.

–Hugo Bleichmar

Queridos amigos de la Sociedad Forum, querida Emilce, antes que nada, quiero daros las gracias por la oportunidad de mostrar hacia Hugo un público y sencillo agradecimiento personal e institucional. Comprendo que esto es un acto muy familiar -esas familias que van más allá de la sangre- en el que os encontráis para despedir juntos a quien fue, por diversos motivos, muy importante para todos. Compartir con vosotros espacios, recuerdos y emociones es un auténtico privilegio.

Cuando Hugo, y su muy querida Emilce, llegan a España y fundan ELIPSIS aparece muy pronto una compañera de camino que continúa ahí: la Universidad Pontificia Comillas de Madrid. A mediados de los años 80, la Licenciatura en Psicología era muy reciente, apenas tenía 10 años, y ya era muy diferente de otras: la formación que ofrecía era de amplio espectro, dejando para el posgrado, y a la decisión de cada quién, la especialización de escuela. Se daba, como se sigue dando, formación consistente en las principales escuelas de psicología: cognitivo conductual, familiar sistémico, grupal, humanista y... psicoanálisis; una singularidad universitaria en aquel momento que aún se mantiene. Además, la idea siempre fue que la enseñanza de cada una de esas aproximaciones a los fenómenos psicológicos, a sus derroteros y a la clínica, fuera abierta y dialogante; empezando por la misma relación humana y profesional entre los profesores. Había, como hay, mucha conciencia de que cada modelo ofrece saberes parciales y que el modelo del otro no es un rival sino, más bien, un complemento, otra perspectiva; una oportunidad para pensar y aprender.

En ese clima y contexto la aparición de Hugo Bleichmar encajó como un guante y se sumó a un coro que entonaba las lecciones de psicología con gran armonía; doy fe porque yo estaba ahí como alumno. Sus planteamientos psicoanalíticos, como todos sabemos, unían rigor y tradición de escuela con la capacidad de buscar y hallar aspectos valiosos en las perspectivas fundamentadas de otros. A mí me enganchó intelectualmente, luego ya vino la formación de ELIPSIS, los cursos del Programa de Doctorado Interuniversitario en Psicoanálisis (otra singularidad del momento en la que Hugo tuvo singular protagonismo) y los diversos seminarios que teníamos hasta en su despacho, sentados donde podíamos,

desacralizando aquel pobre diván. Seguro que muchos también tenéis recuerdos de aquella época.

La presencia de Hugo en Comillas, más allá de su conocida y seductora capacidad docente, ha sido enormemente enriquecedora. Lo fue durante décadas hasta el mismo momento previo a su jubilación en la Facultad cuando, allá por el año 2003, un inexperto profesor le pidió que formara parte de una “Comisión de Sabios” para diseñar un centro clínico en la universidad. Ese profesor era yo y el centro clínico la actual UNINPSI que me encargaron concebir y dirigir durante 12 años; su respaldo e incuestionable fidelidad fueron muy importantes personal e institucionalmente todo ese tiempo.

A mi juicio, una de las mayores aportaciones de la presencia de Hugo en nuestro contexto universitario, dejando aparte por supuesto su reconocido y siempre alabado rigor intelectual, fue su inagotable e indisimulada curiosidad y su desparpajo a la hora de contar complacido cómo tal o cual autor le había sorprendido, le había hecho pensar o le había aportado algo interesante. La curiosidad es la madre del ansia por saber y de la investigación; la esencia misma de la universidad. Ciertamente, nos dejó amor por la sabiduría.

Hugo no ha sido un pensador “facilón” que, en una especie de bondad indiscreta, diera la razón a todos para no quedar mal con nadie. Jamás hubiera pactado con generar un sistema docente y de pensamiento “tipo collage” donde todo valdría siguiendo apeteceres o curiosidades personales varias, que dieran como resultado esos sincretismos baratos y “eficacismos aparentes” que hoy invaden el pensamiento, también a la psicología. No, él luchó siempre por conservar una muy potente coherencia en todos sus desarrollos y eso es uno de sus principales valores: vincular, alrededor de un sólido eje psicoanalítico, saberes de muy diversa procedencia de modo coherente... ¡y bonito!; porque lo bien pensado puede ser muy bello y producir un gran placer intelectual, más aún cuando es compartido. Sí, Hugo nos dejó una aguda sensibilidad y gusto por la coherencia de pensamiento.

Como pensador, no pactaba fácilmente, buscó siempre lo más verdadero y tenía un talento especial para encontrar “verdades antropológicas” en el pensamiento de otros: asuntos, tratados en lenguajes diversos, que hablan de aspectos humanos que no admiten discusión, están ahí. Así podía captar cómo algunas de las intuiciones freudianas aparentemente entraban en contradicción con las que traían Klein, Kohut, Kernberg, Bion, Bowlby o el mismo Lacan, a pesar de los conocidos desasosiegos intelectuales que le producía; pero, también, Chomsky, Morin, Damasio, Gazzaniga, Rizzolatti y, así, un largo etcétera. Logró hacer bailar juntos a rivales, a escuelas que tienden a ignorarse mutuamente, a disciplinas aparentemente desconectadas y, con todo, dar muestra de que los dogmatismos solo pueden ser si se sostienen en desinformación. Captar que no toda aparente contradicción lo es, solo puede hacerlo quien posee una mente libre de prejuicios y con mucho deseo de desentrañar la realidad para que vaya ganando terreno lo verdadero.

En este sentido, le gustaba acudir a una máxima atribuida a Aristóteles que, decía haber escuchado en Comillas, y a muchos nos inspira: *Amicus Plato sed magis amica veritas* (Platón es mi amigo, pero la verdad me es más querida). Máxima que habla de un talante, el de quien apuesta por la lucidez y no se permite restricciones mentales producidas por ideologías o afectos que enturbien la razón. Agradecemos que nos haya dejado el gusto por aspirar a pensar sin barreras mentales.

Recuerdo una vez, hace ya años, que en una conversación casual a la vuelta del verano le pregunté qué estaba leyendo (creo que muchos coincidimos en que siempre ha sido

una tentación preguntar esto a Hugo Bleichmar). Me dijo que le había parecido muy interesante un libro de Paul Gilbert sobre la compasión en el contexto terapéutico. Añadió algo así como: “hay ahí cosas importantes que tenemos que tomar muy en consideración en nuestro modo de estar con los pacientes”. Entre otras muchas, esa conversación me quedó grabada, seguramente, por el modo como lo dijo. Me dejó pensativo y algo conmovido: a Hugo no le interesaba solamente saber, comprender, purificar la técnica psicoterapéutica o ganar batallas dialécticas (¡todo eso lo hacía muy bien!). Le interesaban, también, las personas en su más desnuda humanidad, en su desconcierto, miedo, angustia o soledad, y buscaba llegar ahí con su pensamiento y su práctica clínica para rescatarlas; su interés por la humanidad acorralada en su estudio de la colonización emocional es un ejemplo de ello. También nos dejó la conciencia de que el encuentro terapéutico, más allá de la técnica, o es encuentro entrañablemente humano o no puede ser.

Termino. No es sencillo decir por qué, personal e institucionalmente, nos encontramos en deuda agradecida con Hugo y por qué le vamos a extrañar. Al final, por más que enunciemos: amor por la sabiduría, por la coherencia, por la verdad sin restricciones mentales o por la humanidad acorralada, creo que estamos de acuerdo en que cualquier palabra se revela reduccionista.

Es una deuda agradecida que sentimos hacia algunas pocas personas con las que nos entrecruzamos en nuestra breve vida, que hacen que la propia perspectiva sobre la realidad se vea enriquecida y ya no vuelva a ser la misma. Esas personas, a veces son familia, a veces amigos, en ocasiones maestros o varias cosas a la vez. No son muchos quienes nos impactan así, pero cuando ese encuentro humano e intelectual se da, uno lo nota porque esa persona permanece; a eso lo llamamos trascender, dejarse en otros. Eso... también lo supo hacer.

Gracias Hugo, muy sinceramente.

Un recuerdo agradecido

José Antonio Méndez Ruiz

Sociedad Forum de Psicoterapia Psicoanalítica

Escribo este recordatorio de Hugo Bleichmar, de su persona y su extraordinario aporte al psicoanálisis, desde un profundo sentimiento de duelo por la pérdida que su desaparición física ha supuesto. Son más de 30 años disfrutando de su presencia como maestro de pensamiento y amigo, los últimos veinte en contacto prácticamente semanal. En esos encuentros lo pasábamos muy bien hablando de política, de fútbol, de cosas que nos pasaban en nuestra vida y, por supuesto, del trabajo. Intercambiábamos preocupaciones, proyectos o ideas sobre el trabajo en Forum o en la revista *Aperturas Psicoanalíticas*, y comentábamos, más bien yo le consultaba, sobre lecturas, artículos a escribir o escritos en los que yo le pedía ayuda o algún comentario para su mejora. A este respecto tengo que decir que no hubo una sola vez en que me diese una disculpa de falta de tiempo o de estar muy ocupado, por el contrario, siempre dio una respuesta rápida y pensada a mis requerimientos. Yo no dejaba de preguntarme en muchas ocasiones: ¡de dónde saca el tiempo este hombre!, ¡cómo lo hace!, su capacidad de trabajo era un misterio que se lleva consigo, como sé que puede atestiguar todo el que ha estado en contacto con él. Porque el misterio no es que me atendía a mí, es que lo hacía de igual manera con todos los que le solicitaban algo.

Mientras escribo esto, siento una gran pena y también un sentimiento de extrañeza al escribir sobre Hugo Bleichmar en pasado, porque he escrito mucho sobre él, sobre su obra científica, teniéndolo al lado, muy cercano, y ahora tristemente toca emplear el pasado para referirme a él. Cuando hace algo más de una década decidí darme el placer intelectual de escribir y defender mi tesis doctoral tenía muy claro que tenía que ser sobre un tema que me lo procurase. Tenía que ser algo que estuviese en el centro de mi trabajo diario y de mis intereses formativos. El enfoque modular-transformacional y la obra de Hugo Bleichmar en general, se impusieron frente a mí de un modo natural.

Yo tuve la fortuna de asistir a su lado a la puesta en marcha de su modelo de concepción del psiquismo, de su modo de comprender la complejidad de sus contenidos y sus modos de funcionamiento. Forum nació en 1995, por esas fechas nos estuvimos reuniendo en su despacho más o menos una quincena de compañeros; ocurrió durante muchos miércoles y alrededor de nuevas ideas que él nos iba presentando. Antes, habíamos trabajado durante meses en un seminario sobre sus novedosas teorías sobre la depresión, sobre las que había publicado un libro unos años antes. Aquello era muy bueno, permitía unas posibilidades diagnósticas y terapéuticas que hasta entonces no teníamos, pero, principalmente, avanzaba un modelo psicopatológico basado en la complejidad, huyendo de categorías con elementos congelados para así poder pensar la clínica como un suceder de múltiples transformaciones y procesos generativos. En ese momento, me provocó un primer sentimiento de sorpresa, casi de incredulidad, el oír por primera vez cómo era posible

ensamblar de modo armónico los aportes de autores diversos, de escuelas psicoanalíticas diferentes. En un ambiente psicoanalítico en el que la pertenencia a un grupo o escuela estaba fuera de toda duda, de modo que si eras de esto no podías ser de aquello, la concepción de pertenencia casi tribal no era lo que yo escuchaba en Hugo Bleichmar.

Posteriormente, cuando lo fui conociendo personalmente, descubrí que era un auténtico librepensador en el estricto sentido de alguien que sostiene una idea fruto de una reflexión previa, evitando el camino de los dogmas o las imposiciones de poder. Sin embargo, en aquel momento no lo conocía lo suficiente como para saber esa faceta de su personalidad, de modo que si tuve aquellos sentimientos era por el tipo de saber que transmitía. Todo esto se fue confirmando, y de qué manera, cuando, más tarde, presentó un modelo explicativo del funcionamiento del psiquismo con vocación de modelo teórico-clínico original en el sentido de buscar una coherencia lógica entre la teoría del funcionamiento psíquico que se propone, especialmente en lo que respecta a lo inconsciente, y la teoría de la cura y la técnica que se desarrolla. Todo quedó plasmado en su libro *Avances en psicoterapia psicoanalítica* y en sus primeros artículos sobre el enfoque modular - transformacional en la revista *Aperturas Psicoanalíticas* que acababa de crear. Lo que ello supuso en el avance de las ideas y los tratamientos en psicoanálisis ya es historia. Lo que significó para mí, y me parece que no debo ser el único, fue la posibilidad de dar coherencia y unidad a muchas lecturas de muchos autores, de diferentes escuelas psicoanalíticas. Era tener, por fin, un cuenco que recogía, sin dogmatismos, con respeto y la posibilidad de desarrollo abierto, los diferentes líquidos del saber que uno había ido acumulando.

Sería absurdo hablar de tantos y tantos aportes teóricos y clínicos que conocemos de Hugo Bleichmar; su obra es prolífica, profunda y compleja, pero también accesible al lector, lo que no es sino otra de sus grandes cualidades al escribir o impartir sus seminarios. Sin embargo, me parece importante incidir en que no se deben separar los aportes intelectuales que hizo y el tipo de persona que era. Hugo era capaz de hacer aportes de gran calado sobre la complejidad de lo inconsciente, sobre las motivaciones, los deseos, que nos mueven a los seres humanos. Pero también era capaz de poner su interés en los detalles relacionales que marcan una terapia, como atender al peso motivacional de los intercambios entre terapeuta y paciente, como ayudar a que la persona en tratamiento aprenda a preservarse de las relaciones tóxicas de colonización, de sumisión, incluyendo las que pudieran venir de parte del terapeuta o, también, ayudar a que la persona pudiera salir del tratamiento con la capacidad de distinguir los medios patógenos de aquellos que nos facilitan o nos proveen de lo que necesitamos para un mejor vivir.

Esos detalles, que en realidad son la clave para que un proceso terapéutico consiga su objetivo del cambio psíquico, eran centrales para él. Esto se corresponde con lo que Hugo era vitalmente, con lo que te ofrecía cuando te relacionabas con él. En su vida personal también atendió a estos dos polos. Obviamente cada uno tendrá sus experiencias con Hugo y su visión de él. Yo quiero decir, en muy pocas palabras, que mi experiencia, la mía, fue luminosa porque en ella hubo mucho cariño y porque fue muy libre. En los buenos momentos, la inmensa mayoría, pero también en momentos de discrepancia. Estábamos de acuerdo muchas veces, discrepamos otras, pero jamás hubo por su parte una indicación implícita o explícita de censura o imposición y sí en cambio de estímulo para que pensase y repensase las cosas sin miedo. Nunca dejaba de dar su opinión, de una manera clara y siempre muy argumentada, no era de taparse y era un verdadero polemista, apasionado con sus ideas, pero como sus puntos de vista eran inteligentes y el peso de sus opiniones grande, las discusiones eran siempre estimulantes, porque te obligaban a sacar lo mejor de ti. Era un verdadero ejercicio de libre estímulo intelectual. Por eso digo que no se debe separar el

maestro, el pensador y el ser humano que era, en su vida de relación personal también buscaba relaciones complejas, reflexivas y libres.

Ya termino, me queda el consuelo de que yo nunca diré aquello de “¿cómo no me di cuenta?” porque, al contrario, siempre fui consciente de que poca gente tiene la oportunidad de compartir parte de su vida con una persona genial y yo la tuve, tuve esa suerte. Gracias, Hugo, por tu generosidad y tu amistad, que tan útiles me han sido en la vida. Gracias.

Hugo Bleichmar. *In memoriam*

Cecilio Paniagua

Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Americana

Hugo y yo nos conocimos en nuestra madurez, estableciendo una buena amistad. Ambos lamentábamos no habernos conocido antes. Él y yo procedíamos de tradiciones psicoanalíticas distintas, lo cual no nos distanció, sino que nos enriqueció. En su decir, éramos “amigos y buenos interlocutores intelectuales”. Hugo era un hombre de amplios conocimientos. A lo largo de su carrera, en efecto, se había zambullido en el estudio concienzudo de todas las escuelas psicoanalíticas y todos los autores importantes en la profesión.

Preguntaron una vez a Anna Freud cuál debía ser el rasgo caracterial principal de una persona que quisiera dedicarse al psicoanálisis y ella respondió: “si tengo que nombrar solo uno, diría que la curiosidad”. Y Hugo, desde luego, la tenía; tenía curiosidad por todo y no solo sobre temas psicoanalíticos. Siendo un hombre apasionado en sus convicciones, tenía, no obstante, opiniones siempre mesuradas, bien informadas, inteligentes y respetuosas con las posiciones del prójimo.

Hugo, en su juventud, había trabajado en investigación biológica. En Buenos Aires fue colaborador de De Robertis, famoso descubridor de los microtúbulos y las vesículas sinápticas, y uno de los fundadores del World Cultural Council. Esta experiencia con la metodología científica en otras áreas del saber, sin duda, dotó de un cariz especial a sus observaciones y conclusiones en la disciplina psicoanalítica.

Es de todos conocido que Hugo era un profesor con excelente capacidad didáctica, que impartía clases y conferencias con autoridad y elocuencia, argumentando bien sus tesis sin imponer esquemas teóricos sobre los puntos de vista de colegas y alumnos. Yo admiraba su disposición a presentar en sus escritos enseñanzas sin dogmatismos, apoyándose siempre en observaciones clínicas que compartía con el lector. Un buen ejemplo de esto puede hallarse en su última publicación “Desde el narcisismo a la depresión vía la agresividad” (2019).

Hugo era un hombre de principios, pero muchos no saben que también fue un hombre realmente bravo. Tengo ante mí la copia de un diploma que le fue concedido por el Rector de la Universidad de Buenos Aires por su contribución a la defensa de las instituciones democrática y autonomía académica en la llamada Noche de los Bastones Largos de 1966, en la que las universidades argentinas fueron ocupadas por la Guardia de Infantería de la Policía Federal, desalojando brutalmente a estudiantes y profesores, muchos de los cuales tuvieron que continuar sus carreras en el extranjero.

En Madrid tuvimos la suerte de contar con este brillante líder, creador junto a su mujer, la Dra. Emilce Dio, de una escuela libre de psicoterapia psicoanalítica tan necesaria

en nuestro país. Este hombre valioso y valiente, bueno y singular, fue capaz de sobrellevar con gran entereza serias zozobras a lo largo de su vida, enfrentándose a su enfermedad final con una serenidad admirable. *Sic transit gloria mundi*, Hugo. Te recordaré siempre con mucho afecto. Adiós, querido amigo.

Referencias

Bleichmar, H. (2019). Desde el narcisismo a la depresión vía la agresividad. *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina*, 76, 2-3.

Una carta a mis hijos

Carlos E. Sluzki

George Washington University School of Medicine and Health Sciences, Washington
George Mason University, Washington

Tengo siete hijas/hijos, que viven dispersados en los Estados Unidos, algunos geográficamente cerca, otros no tanto (uno pasó 10 años en Bali, otro en Berlín durante tres, otra en Italia durante un par de años y tres en Escocia, y así). Además de encontrarme con todos con cierta frecuencia (¡al menos en la era pre-COVID-19!), suelo enviarles cada tanto cartas colectivas (por email), en las que les comento en asociación libre recuerdos, memorias y eventos, por el placer del contacto y de compartir con ellos los ecos que generan en mí las glorias y las penas que nos depara la vida.

La que sigue es una carta de ese tipo que les escribí y envié al día siguiente de enterarme de la muerte de Hugo.

Queridos hijos,

Ayer recibí la noticia de que Hugo Bleichmar ha muerto en Madrid. Él ha sido, durante una parte importante de mi vida, un amigo querido, a veces muy cercano, a veces no demasiado (solo una cuestión de no ser diligente en regar suficientemente la flor de la relación), pero con contactos ocasionales en los que de nuevo brillaba la cercanía, dependiendo de quién estaba viviendo dónde y todo eso. Nos conocíamos el uno al otro desde que teníamos aproximadamente 18 años, o sea, desde 1952 o quizá 1953, y nuestros recuerdos compartidos más entrelazados van desde 1971, año en que nos mudamos a Estados Unidos. Nuestra amistad fue bastante estrecha durante unos años, principalmente como estudiantes de medicina y en el activismo político del sindicato de estudiantes. Hugo fue, y ha sido toda su vida, inusualmente inteligente, muy estudioso (¡mucho más que lo era yo!), erudito, con la bendición añadida de una memoria prodigiosa. Ha sido también un amigo leal y de confianza. Durante las luchas estudiantiles él fue miembro del ala pensante (más que del ala fanática-obediente) de la Juventud Comunista (JC) (yo en cambio no era afiliado, lo que era llamado “izquierda independiente” por la izquierda, e “idiotas útiles” por la derecha). Estudiábamos juntos ocasionalmente y compartimos en diferentes momentos círculos sociales solapados. Fue uno de los invitados a la fiesta de mi boda (con Nenuka por supuesto, en 1956). Yo debí de estar, por mi parte, en su primera boda (con Rosita, no mucho más tarde), pero como sabéis, no soy memorioso (una palabra acuñada por Borges en uno de sus relatos cortos) como lo era Hugo.

Muchas aventuras compartidas. Por ejemplo: una vez nosotros (nuestro partido de estudiantes de medicina “reformista”) “ocupamos” el edificio de la Escuela de Medicina como protesta por la intrusión del gobierno en la entonces intocable Universidad Autónoma

durante uno de los golpes militares a mediados de los 50. “Ocupar” significaba entonces poco más que un manojo de quizá 50 de nosotros cerrando las puertas de la escuela médica durante un día de fin de semana y hacer una sentada en el corredor o en el Aula Magna, llevando carteles a favor de esto y contra aquello. Sin público, sin relaciones públicas ni ruido de los medios. Un par de horas más tarde un grupo del partido de estudiantes católicos del ala-derecha “humanista” intentó una contraocupación entrando a través de algunas puertas no cerradas ni vigiladas que conectaban Medicina con Farmacia. Las armas que tanto ellos como nosotros usamos eran mangueras contra incendios a toda potencia y el campo de batalla era el corredor principal del piso principal del edificio (¡destrucción mínima de la propiedad pero mucha agua!) hasta que, para nuestra sorpresa, justa indignación y miedo, ellos cambiaron las reglas del compromiso: algunos de entre ellos empezaron a dispararnos (o al menos en nuestra dirección, ya que nadie resultó herido). Sin embargo, eso desencadenó una gran estampida desde nuestro grupo (¿pistolas? ¡Nadie de nosotros tuvo una! ¡Entonces éramos románticos, no revolucionarios pragmáticos!). Hugo y yo, que éramos como los Dos Mosqueteros en ese evento, bajamos saltando las escaleras con extrema agilidad y entonces corrimos a lo largo del bloque hasta los corredores del sótano para finalmente subir corriendo por una rampa y saltar (probablemente se intensificó, pero lo sentimos como un barrido de salto de altura olímpico) la alta valla metálica de la salida a la calle –nadie nos estaba siguiendo, que supiéramos–. Exhaustos y bastante regocijados por nuestro atlético desempeño y nuestra supervivencia, acabamos en un café cercano para intercambiar experiencias y recuperar la respiración.

Otro también de 1956 o 57: yo era el presidente del ala izquierda de la organización de estudiantes de Medicina (menos los troskistas, quienes tenían su propia asociación, y, como es habitual, estaban más dedicados a criticar a la izquierda que a la derecha). Cuando terminaba mi mandato de un año, era el momento de elegir los nuevos candidatos para presidente y vicepresidente. Yo era coordinador de la asamblea de la organización para este propósito. Alguien propuso mi nombre para un segundo mandato y la nominación fue secundada y aceptada por los votos. Ahora era el momento de elegir a los candidatos para vicepresidente de la organización. Yo nominé a Hugo (no solo porque éramos amigos, sino porque él tenía una visión más abarcadora de los objetivos del movimiento estudiantil que yo, un tesoro tenerlo como compañero del equipo; de hecho, yo era consciente de que fui elegido en parte porque yo era “independiente” y no afiliado a la Juventud Comunista (JC) u organización política equivalente, lo cual haría a la persona en primera línea vulnerable a la calumnia y encasillamiento). Sin embargo, la claridad mental y la resolución y autonomía de Hugo le hicieron menos atractivo para el grupo más ortodoxo, y alguien propuso como segundo candidato al cabecilla de la nomenclatura de la Juventud Comunista, un tipo intrigante y siniestro que yo detestaba y del que desconfiaba. Los dos nombres se sometieron a voto por parte de la asamblea fueron puestos para votar por la asamblea (50 o 60 personas, según recuerdo) y la candidatura de Hugo ganó ampliamente. Pero entonces el otro candidato hizo una doble maniobra Robert Rules: pidió un recuento de votos y, a mitad del recuento, pidió un descanso de media hora. Durante esa media hora, él y sus amigos telefonaron a aquellos miembros de la Juventud Comunista de la asociación que no habían concurrido a la asamblea, urgiéndoles a acudir y votar. Y así, sobre una hora después, una segunda votación eligió a otro tipo como candidato para vicepresidente de la organización. En ese momento, ahí, desde el pódium, yo denuncié esa maniobra, renuncié a mi nominación a mi cargo de entonces y a la organización y dejé la sala, junto con un Hugo igualmente furioso y la mayoría de los “independientes”. Todo el campo de la elección por votos a estudiantes médicos cambió drásticamente desde entonces, porque muchos de los independientes se volvieron miembros de una organización moderada existente, moviendo esta a la izquierda,

mientras que se debilitó el peso de la Juventud Comunista dentro de la asociación de estudiantes.

Microcósmica como es una historia en la distancia, mientras sucedió y por un tiempo ocupó un gran espacio en nuestro mundo y en nuestras charlas.

Saltando algunos años más adelante y después de la graduación, Hugo se unió al equipo de nuestro *avant garde* Departamento de Psiquiatría psicosocialmente orientado en Lanus (Visacovsky, 2002), un hospital general público de clase media y baja (yo estaba ahí ya y lo atraje a él). Hicimos alguna investigación juntos y, unidos por nuestros intereses comunes en el tema entonces en desarrollo los sistemas dinámicos y la terapia familiar, escribimos juntos un par de artículos (Sluzki y Bleichmar, 1968, Bleichmar et al., 1970) e incluso editamos juntos un libro (Sluzki et al., 1970) con los trabajos del primer congreso de terapia familiar que tuvo lugar en Argentina, del cual Hugo, Nacho Maldonado (a su vez exiliado en México, todavía un amigo cercano), Isidoro Berenstein y yo habíamos sido coorganizadores.

El año siguiente yo dejé Argentina con el núcleo de mi tribu y, en esa era políticamente agitada y pre-email, la distancia entre nosotros y la falta de coincidencia de nuestros principales focos debilitaron la intensidad de nuestros vínculos, aunque él vino a San Francisco en los 70 a visitarme. Otra anécdota trivial pero digna de contarse: estábamos empezando a cruzar el puente de la bahía de San Francisco en mi coche, un día precioso, charlando con la música de fondo de la radio del coche, cuando la radio empezó a crepitar, una interferencia que era habitual al cruzar el puente. Para él se volvió un fenómeno fascinante, claramente más atractivo que la vista: “¡Uau! ¡El puente actúa como una jaula de Faraday!” y procedió a reflexionar con entusiasmo sobre los campos electromagnéticos, mientras yo pensaba que eso era un perfecto ejemplo de su insaciable curiosidad, la cual le hacía el *homo universalis* que era.

Hugo escapó de Argentina al exilio en Venezuela durante unos pocos años y después a Madrid, España, con su también brillante hija y Emilce, su segunda esposa, una psiquiatra y psicoanalista infantil extremadamente inteligente y atractiva, con quien tuvo un par de hijos y vivió y trabajó conjuntamente durante el resto de su vida, desarrollando modelos y programas de formación, y escribiendo de manera prolífica, haciéndose bastante famoso como pensador originales dentro de la cosmovisión psicoanalítica. Sara y yo nos encontramos con Hugo y Emilce en Madrid en un par de ocasiones hace pocos años y lo pasé muy bien, reviviendo y recordando cosas.

Hoy, a raíz de las noticias de su muerte, entré en YouTube y lo vi/oy a él en una conferencia de 2011 sobre uno de sus modelos. Me produjo un placer agrisado, en una suerte de sensación de ritual.

Me duele su pérdida en el modo en que la gente mayor la siente, algo diferente al duelo de la gente joven: el espacio virtual emocional dejado por los amigos que mueren no puede ser rellenado, esto es, la gente es más irremplazable (una cuestión de tiempo y oportunidades reducidas, además de otras variables). ¿Lo echaré de menos? ¿Estoy muy triste? Sí, mucho, y no sé cuánto, porque, deberíais saber, las pérdidas a mi edad son tamizadas por las reflexiones filosóficas y por una sensación de “pronto me uniré a ellos” que, dentro de mi agnosticismo, me vincula más cómodamente con mi propia muerte.

Aunque no se apuren, muchachos, seguiremos teniéndonos unos a otros durante muchos años más.

Pero aquí está Hugo Bleichmar, querido amigo, intelectual socialmente comprometido, mente brillante, alma ricamente tejida.

Amor,

Papá.

Referencias

- Bleichmar, H., Sluzki, C. E. y Smola, G. (1970). Test interaccional proyectivo para parejas (TIPP). En C. E. Sluzki, I. Berenstein, H. Bleichmar e I. Maldonado Allende (Eds.), *Patología y Terapéutica del Grupo Familiar* (pp. 241-247). Acta.
- Sluzki, C. E., Berenstein, I., Bleichmar, H. y Maldonado Allende, I. (Eds.). (1970). *Patología y Terapéutica del Grupo Familiar*. Acta
- Sluzki, C. E. y Bleichmar, H. (1968). El enfoque interaccional en terapia de parejas. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 14, 325-335.
- Visacovsky, S. (2002). *El Lanus: memoria y política en la construcción de una tradición psiquiátrica y psicoanalítica argentina*. Alianza Editorial. [Hugo, primero a la derecha, es parte de la foto de carátula del libro].

Una palabra tuya y todo se ilumina. Carta a Hugo Bleichmar

Consuelo Trujillo

Mi querido terapeuta, mi querido maestro, hombre sabio, ser humano excepcional, generoso, generoso más allá de lo que podemos imaginar.

Extraño enormemente tu mirada.

Sí, tu mirada era benévola e inteligente, llena de mansedumbre y atenta. Y a la vez enormemente aguada y profunda.

Tu escucha. Me enseñaste a escuchar. Te he escuchado muy atentamente todos estos años, y cada vez más atenta porque me has interesado mucho.

Recuerdo cuando me hablaste de mi narcisismo, de como yo no te había preguntado por tu operación de cataratas.

Esa apreciación tuya, ese señalamiento, sin carga pero claro, sin adornos, me hizo reconocer profundamente mi egoísmo y mi autocentramiento. Desde entonces te vi más, a ti y a los que me rodeaban.

En los últimos meses era muy consciente de tu fragilidad, del momento crítico de tu salud y eso me hacía estar muy presente en la consulta, no quería perderme nada de ti.

Me has calado hasta lo profundo de mi alma, me has mostrado subterfugios de mi mente, de mi herida.

Y me has querido, sí, me he sentido muy querida, y ese amor, esa manera tuya de valorarme, me ha curado, me ha sanado.

Has abierto nuevas perspectivas en mi manera de verme a mí misma y a mí misma en las relaciones.

Y me has legitimado una fuerza que yo no sabía que tenía.

Legitimarme, sí, esa palabra. me has ayudado a legitimar mi don, mi manera de ser, mis impulsos, mis emociones.

Has sido un ser humano excepcional y cuánta suerte he tenido al conocerte, estos 6 años que hemos compartido, que me has conducido.

Yo necesitaba un guía en mi día a día y te encontré.

En estos últimos años Claudio y tu habéis estado tan fuertemente presentes en mi vida, de manera diferente pero muy presentes en mi caminar... Me siento bendecida.

Hugo, has dejado una huella maravillosa en mí y sé que en mucha gente, nos has ayudado a muchos.

Hacen falta seres humanos como tú para hacer buena esta tierra, para sanar esta humanidad.

Inteligencia y corazón, sumabas; y una apertura mental, un sentido profundo de la libertad, y tu amor por el arte y la belleza.

¡Cuánto te echo de menos y cuánto te necesito en este momento tan incierto!

¡Qué hueco tan grande me dejas! Y me lanzas a la vida, a poner la referencia en mí, dentro de mí.

Ya os habéis marchado, mi padre, Claudio y tu.

Me quedo sola

pero os llevo dentro,

quiero hacer algo bueno con tanto que me has dado,

con tanto que me has sanado y me has impulsado,

algo bueno

vivir

ser ofrenda

y ser inteligente como tu lo eras

inteligencia y corazón.

Gracias.

Gracias, Gracias

mi querido terapeuta

que la plenitud te inunde,

sé pleno,

sé completo,

sé luz,

sé refugio,

amado y amor,
de regreso a casa,
al principio,
al hogar,
allá a donde se encaminan nuestros pasos, donde vamos todos.
No tengo palabras para agradecerte,
ofrezco mi gratitud infinita hacia ti por el triunfo de tu muerte
y la celebración de tu vida.
¡Gloria a ti!
¡Gloria Hugo Bleichmar!

Recordando a Hugo Bleichmar

Bruno Winograd

Sociedad Argentina de Psicoanálisis (SAP-IPA)

Ante la muy amable y apropiada invitación a participar en una publicación de homenaje a Hugo, pude a través de una introspección mínima en el doloroso impacto, captar algunos registros inmediatos.

Surgieron términos como *conexión*, *testimonios*, *claridad* y otros...

Pensando en el marcado talento de Hugo para las asociaciones lingüísticas me detuve algo en tales términos.

¿Por qué conexión? Alguna vez leí que una de las tareas de las mentes privilegiadas en la historia humana como Einstein, Freud, Lord Russell o nuestro Gregorio Klimovsky fue conectar múltiples aportes singulares dispersos en síntesis de nuevos conocimientos. ¡Cuántas tareas psicoanalíticas de Hugo podrían caber en este término! Un solo ejemplo ilustrativo, cómo conecta la gramática generativa y sus reglas con armados de síntomas y sufrimientos emocionales, pudiendo hallarse múltiples ejemplos confirmatorios.

¿Y testimonios? Relato algunos, pues creo que las anécdotas sobre experiencias psicoanalíticas, reflejan cualidades y sensibilidades humanas: una colega preocupada porque una joven a quien trataba sufría horrores, porque la familia la catalogaba de drogadicta al haberla sorprendido con un cigarrillo de marihuana. La colega conectó con una idea de Hugo que tenía en su concepción interior, la de la transposición categorial y al comunicarle a la paciente que un cigarrillo no merecía un calificativo tal global notó la calma inmediata. Comentó la colega: “La idea de Bleichmar tuvo efecto terapéutico comprobable”.

Otro testimonio: Hace bastantes años el talentoso y querido Daniel Rabinovich sufrió una crisis estando de gira en España, me pidió una derivación y conoció a Hugo, el comentario fue sintético y contundente: “Que bien me entendí con este hombre”.

Claridades: se refiere a las múltiples opiniones de colegas jóvenes. Al conectar y procesar la obra de Hugo fueron encontrando caminos para una mejor comprensión y abordaje psicoanalítico de múltiples problemas y combinatorias psicopatológicas.

Se trataba de colegas de múltiples pertenencias y que no dependían de ningún “discipulismo” y ninguna escuela en particular.

He intentado algunos aportes a la convicción de que nos estamos refiriendo a una presencia y un recuerdo de enormes proyecciones en nuestra disciplina.

El político universitario intimista

Emilce Dio Bleichmar

Sociedad Forum de Psicoterapia Psicoanalítica
Universidad Pontificia Comillas

Cuando me encontraba pensando que quería ser de mayor elegí medicina porque me parecía que las mujeres tenían allí un lugar menos desigual que en el resto de las profesiones. Creo que, y me remonto a fines de la década de los 50, Hugo fue el hombre que desde el comienzo de nuestro encuentro me transmitió genuinamente que me escuchaba con interés y pensaba en lo que le comentaba. Me hacía sentir una igual, no obstante mi admiración por él.

Siempre me sentí muy privilegiada, tenía una familia que me quería mucho y, como me destacaba en lo académico, hasta conseguía que me adularan. Mis sueños se iban cumpliendo, estudié en la universidad de Buenos Aires en una época de convulsión política que me dio la oportunidad de vivir la militancia, ya que el gobierno de las facultades estaba formado por un tripartito de profesores, graduados y estudiantes. El período histórico de 1958 a 1966 fue la época dorada de la vida universitaria en Argentina y se defendía que fuera pública y gratuita, sin detrimento del rigor académico y la investigación.

En una asamblea multitudinaria en la que se denunciaban situaciones irregulares de la enseñanza, y cuánto iba a afectar la creación de universidades privadas, conocí a Hugo, quien la convocaba y la dirigía. Pertenecíamos a agrupaciones de distinto color político y no coincidía con sus posiciones; no obstante, lo conciso, claro y convincente de sus planteamientos me impresionaban.

En ese entonces no era el Prof. Dr. Bleichmar, pero ya destacaban las condiciones que en la actualidad se le reconocen en forma unánime. Hablaba argumentando, dando datos, ejemplos claros para explicar posiciones políticas que circulaban como meras frases, transmitía lo que pensaba sin arrollar con su elocuencia. Siempre reinaba silencio cuando tomaba la palabra. Los opositores lo respetaban.

El 28 de junio 1966, un golpe militar derrocó el gobierno constitucional del presidente Illía en Argentina; la Universidad de Buenos Aires denunció el golpe y la relación entre la universidad y las autoridades fue ganando en tensión, se temía una intervención policial. Efectivamente, la noche del 29 de julio la policía desalojó a los grupos que estaban dentro a fuerza y es lo que se conoce como “La Noche de los Bastones Largos”. Hugo estaba entre ellos pero se salvó de los golpes. El 29 de Julio de 2016 el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires organizó un acto conmemorativo del 50º Aniversario de La Noche de los Bastones Largos y otorgó a Hugo Bleichmar un diploma titulado: “Reconocimiento por su Contribución a la Defensa de las Instituciones Democráticas y la Autonomía Universitaria”.

Si algo creo que estos recuerdos ayudan a dibujar es el compromiso que Hugo siempre demostró en expresar, transmitir y defender lo que pensaba, siendo consciente de los riesgos que asumía. Su trayectoria en las instituciones seguía un recorrido que se repitió varias veces. El comienzo era entusiasta, se zambullía en los principios o en la teoría en que se sustentaba el movimiento o el grupo, pero cuando contemplaba las polarizaciones comenzaba a sentirse encerrado. Ponía de manifiesto la simplicidad de las oposiciones que dejaban en la oscuridad o no recalcan lo que consideraba esencial, el maniqueísmo imperante. Al no conseguir un funcionamiento más equilibrado se apartaba, pero no cedía ante su anhelo de transmisión de la complejidad; entonces tomaba una vía paralela, por lo que era cuestionado. ¿Por qué no podía ser miembro y abrir un centro fuera de la institución? Luego en España, ¿por qué enseñar psicoanálisis en la universidad? Sucedió en la universidad, en la vida académica, en la asociación psicoanalítica, en la vida.

Como la Asociación Psicoanalítica Argentina era una institución muy elitista con lista de espera de años para poder acceder a la formación, Hugo, al frente de un grupo, creó el Centro de Docencia e Investigaciones de la Federación Argentina de Psiquiatras. La FAP tenía un color de izquierda, un día se presentó la policía mientras se estaba dando clase y se llevó a unos amigos... Ese episodio nos impulsó a dejar el país y residir unos años en Caracas-Venezuela (1976-1984).

La Asociación Psicoanalítica de Caracas nos acogió, pero el encierro teórico y docente era similar. Hugo resucitó sus inicios de psiquiatra y fue profesor titular del postgrado de psiquiatría del Ministerio de Sanidad. En ese ámbito creó un departamento de Terapia Familiar. Hugo junto a Carli Sluzki habían organizado en Buenos Aires el Primer Congreso Argentino de Psicopatología del Grupo Familiar y en Venezuela la influencia de las figuras de EEUU en torno al enfoque de la familia era relevante. Vivíamos en un sitio rodeado de naturaleza y quietud y en ese periodo terminó de escribir *La depresión, El narcisismo e Introducción al estudio de las perversiones*. Este último se vendía como churros porque explicaba de forma sencilla y comprensible lo que decía Lacan en sus *Escritos*.

Nuestros hijos eran ya adolescentes, su futuro universitario en una Latinoamérica políticamente inestable nos hizo pensar en Europa, implicaba otra y difícil migración. La familia se dividió, Andrea fue a Paris-Sorbonne, y la facilidad del idioma fue decisiva en la elección de España, con Javier y Julieta en el secundario.

Al llegar a Madrid en 1984, Hugo había llegado a un grado de reelaboración de la teoría psicoanalítica del inconsciente que dio forma al texto *Angustia y fantasma. Matrices inconscientes en más allá del principio del placer*. Fundamos una editorial, Adotraf, que lo publicó en 1986. Hay una frase en la introducción de este libro que resulta relevante en esta retrospectiva:

Pertenencia y excomuni3n son las líneas que organizan el campo del deseo y del temor de todo psicoanalista, a quien no se le cuestiona simplemente tal o cual idea en particular -como sucede en otras disciplinas-, sino que lo que está en juego en cada momento es su identidad misma. Para defensa de la cual las posiciones te3ricas se convierten en consignas, tarjetas de visita que se intercambian. (p. 22)

En uno de los últimos di3logos que tuvimos me decía que se sentía en paz consigo mismo, ya que siempre había mantenido su integridad y libertad ante todo reduccionismo o dogmatismo. Recordar su obra da fe de ello.

En Paseo de la Castellana 123, teníamos nuestra consulta, dábamos clases y era la sede de la editorial. Teníamos muchos alumnos y así fue como surgió la Escuela de Libre Enseñanza del Psicoanálisis (ELIPSIS), denominación que fue adoptada como homenaje al ideario que diera lugar en España, hacia finales del siglo XIX a la creación de la Institución Libre de Enseñanza por parte de intelectuales deseosos de un espacio libre de dogmatismos.

Hugo no se cansaba de agradecer a la Universidad Pontificia Comillas por la confianza depositada en ELIPSIS al designarla como entidad colaboradora, encargada de impartir el curso por el cual se accede a los títulos propios de la Universidad en Clínica y Psicoterapia Psicoanalítica. Una anécdota que puede llenar de orgullo a ambas partes fue cuando Hugo levanta el teléfono y escucha que el decano de la Facultad de Psicología lo invitaba a enseñar psicoanálisis en quinto de carrera, a lo que Hugo rápidamente respondió que debía estar equivocado porque él era judío, y escuchó maravillado que le decían “¿Y cuál es el inconveniente?”

Para continuar la labor formativa y de diálogo con graduados universitarios nació Sociedad Forum de Psicoterapia Psicoanalítica. En 1997 publica *Avances en psicoterapia psicoanalítica. Hacia una técnica de abordajes específicos*, el libro donde plasma en enfoque Modular-Transformacional.

El avance de la tecnología lo seduce y en 1999 lanza el primer número de *Aperturas Psicoanalíticas*, de libre acceso, donde vierte tanto sus nuevas producciones y las de sus colaboradores como una selección de las aportaciones del psicoanálisis internacional que le parecían más creativas y valiosas. Podemos hacer una equivalencia entre los nombres: Hugo y *Aperturas*, ya que siempre funcionó en paralelo, cuando le preguntaban “¿Y Ud. qué es, freudiano, kleiniano, lacaniano?” mantenía la mirada y después de un momento de silencio decía “Enseño un modelo abierto, múltiple, integrador”.

En algunas de las condolencias que recibo muchos hablan del Hugo “gigantesco”, pero simultáneamente todos destacan y agradecen la cercanía del contacto, de la relación. Cuando escribió el artículo “Del apego al deseo de intimidad” (1999) con el aporte de un componente adicional de la empatía, la capacidad de alcanzar el mismo espacio emocional y subjetivo, se estaba describiendo a si mismo.

... la vivencia, a nivel inconsciente y consciente, de que el sujeto y el otro se hallan o no en un mismo espacio emocional, espacio en que el sujeto puede sentir que se fusiona jubilosamente con el otro sin perder su sentimiento de ser, o que, por el contrario, tiene una sensación lacerante de soledad en presencia del otro, de vacío, de que el otro está por fuera de ese espacio, a la vista, incluso en estrecho contacto físico, pero inalcanzable.

Agregaba que la intimidad era muy difícil expresarla con palabras. Ese era el secreto de la cercanía que creaba con un recién llegado y el privilegio del que gocé por más de 55 años.

Referencias

Bleichmar, H. (1981). *El narcisismo. Estudio sobre la enunciación y la gramática inconsciente*. Nueva Visión.

-
- Bleichmar, H. (1984). *Introducción al estudio de las perversiones. La teoría del Edipo en Freud y Lacan*. Nueva Visión.
- Bleichmar, H. (1986). *Angustia y fantasma. Matrices inconscientes en más allá del principio del placer*. Adotraf
- Bleichmar, H. (1988). *La depresión. Un estudio psicoanalítico*. Nueva visión.
- Bleichmar, H. (1997). *Avances en psicoterapia psicoanalítica. Hacia una técnica de abordajes específicos*. Paidós.
- Bleichmar, H. (1999). Del apego al deseo de intimidad. *Aperturas Psicoanalíticas* (2). <http://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=0000074>
- Lacan, J. (1966). *Écrits*. Éditions du Seuil.

Algunas cosas sobre mi papá

Andrea Bleichmar

Soy la hija mayor. Nací en 1961 y fui hija única hasta que nacieron mis hermanos Javier y Julieta cuando yo tenía 9 y 11 años. Probablemente por esa coyuntura de edades y tiempos llegué a conocer íntimamente a mis abuelos Bleichmar, y a mi tía, su admirada hermana menor.

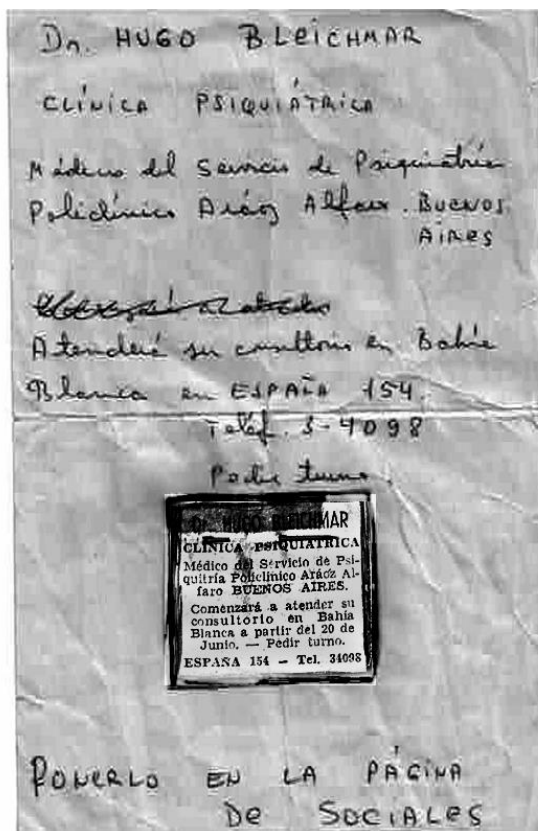
Sé que representé para mi papá mucho de lo que le producía alegría y orgullo, por quien era yo como persona y las cosas que yo hacía. También creo que, después de que falleció mi tía en el 2007, representé para él quien lo conectaba con un pasado añorado y complejo. En los últimos 15 años, pasábamos horas entre risas y lágrimas recordando lo que pasaba en esa casa en la ciudad de Bahía Blanca donde había crecido.

En 1922, a los 13 años, y solo, su papá había llegado a Argentina desde Vilna (Lituania). Mi abuelo era un hombre taciturno, sumamente inteligente y trabajador. Entre mi papá y mi abuelo había una mutua admiración, pero mi papá renegaba de los aspectos duros de mi abuelo entendiéndolos como la secuela de lo que había vivido en Europa cuando era pequeño. Mi abuelo se bajó del barco en el puerto de Buenos Aires sin ningún objeto, sin documentos, y sin hablar el idioma. Así y todo logró mandar a los tres hijos a la universidad y tener una vida digna. Muchas veces pienso que esa energía, seriedad, y creatividad guio a mi papá para lograr mucho de lo que construyeron codo a codo con Emilce a lo largo de los años.

Mi abuela trabajaba a la par de mi abuelo. Era ella la que tenía el don, tacto, intuición, y capacidad de leer dónde el otro estaba situado afectivamente. Podía hacer las piruetas más complejas para anticipar lo que sus seres queridos sentían y necesitaban, limar asperezas y, así, evitar conflicto. Mis abuelos crearon una especie de aura en la familia a la que todos nos sentíamos orgullosos de pertenecer, u “orBullosos” con “b” como lo hubiera pronunciado mi abuelo en su castellano hablado con acento. Ahora, qué le ponían a la sopa, o qué aire respiraban en esa casa en Bahía Blanca para que los tres hijos hayan salido psicoanalistas, lo dejo para que lo analicen ustedes.

Un testimonio del amor que mi abuela tenía por su hijo mayor es este aviso, probablemente de 1960 o 1961, escrito por mi papá anunciando la apertura de su consultorio en Bahía Blanca. Me los puedo imaginar a los dos perfectamente: a mi papá dándole instrucciones extremadamente precisas a mi abuela y a ella siguiendo las instrucciones al pie de la letra, caminando orgullosamente hacia la sede del periódico *La Nueva Provincia* para solicitar la publicación del aviso. Después me imagino a mi abuela con la tijera, recortando cuidadosamente el aviso y pegándolo, con el alfiler que todavía conserva, a la nota con las instrucciones. Misión cumplida. Así se hacía todo, supervisando cada detalle e invirtiendo al trámite con cierta solemnidad, con la convicción de que se trataba de algo de importancia. Claramente de mucha importancia, eso lo demuestra que mi abuela en Bahía Blanca haya

guardado este papelito tantos años, y que después me llegara a mí por medio de mi tía quien lo conservó durante su exilio en México y, después, que yo lo haya transportado a Caracas, a París, y finalmente a Boston.



Mi papá empezó su práctica de psiquiatría en el Hospital Araoz Alfaro, en la localidad de Lanús, provincia de Buenos Aires. Ese servicio, dirigido por el Dr. Mauricio Goldemberg, era el primer servicio de psiquiatría dentro de un hospital general. Fue allí, junto al Dr. Carlos Sluzki al que había conocido en la facultad de medicina, que empezó a hacer terapia de familia. Yo recuerdo el entusiasmo que él tenía camino a la vidrería al ir a encargar el cristal para la Cámara de Gesell que utilizaría para enseñar a los residentes.

Ya lo extraño al ‘Papo’, como a él le gustaba que lo llame. Me sentí muy querida y cuidada por él, y sé que mi cariño lo hacía feliz, sobre todo en los últimos años. La relación auténtica y cercana que tuvimos nos las ganamos. Nos la ganamos a fuerza de rectificar errores, a fuerza de construir y de poder imaginar que no todo se juega y queda anquilosado en las vicisitudes de la niñez, y en los roles que nos son asignados.

Mi Papá Hugo Bleichmar

Javier Bleichmar

Yo soy uno de tres en el mundo (con mis hermanas) que no se acuerda cuando lo conocí. Tengo vagos recuerdos. “Jugando” al fútbol con él en el pasillo del apartamento en Buenos Aires. Volviendo los dos de la cancha de River completamente empapados. Él manejando sin camisa esa lancha azul clara, llamada “La Porota” en el Tigre. Son imágenes nebulosas en la memoria que van tomando foco.

A esa altura de mi infancia no sabía que mi Papá hacía todo eso de puro corazón, por mí y por la familia. Porque aunque amaba el fútbol, lo amaba, como buen psicoanalista, desde el sillón. Ir a la cancha no era lo suyo. Y el calor del Tigre, el olor a gasolina de la lancha, y ese río de color marrón del barro no me puedo imaginar que le hicieran ninguna gracia. Pero yo, y la familia, lo gozábamos enormemente.

Nuestro vínculo tomó más fuerza y profundidad unos años más tarde, cuando yo ya no era un chicuelo y pude entablar contacto con ese amor por las ideas y curiosidad fulminante que él tenía y que me transmitió toda la vida. Por esa época ya habíamos iniciado esa diáspora que define y marca nuestra historia familiar. Habíamos abandonado la Argentina un 27 de febrero, solo semanas antes del golpe militar del 23 de marzo de 1976. Gran sabiduría. Y vivíamos en Venezuela.

Los colegios de Venezuela no estaban a la talla de la experiencia de mis padres en los años dorados de la Argentina. Los dos habían hecho la escuela primaria cuando Argentina era rica y las maestras tenían un compromiso con la enseñanza cuasi religiosa – inculcada por Domingo Sarmiento. Mi Papá siempre recordaba con enorme alegría y cariño su formación escolar. Contaba que se saltó el cuarto año del secundario y cuando rindió los exámenes orales, los maestros, alucinados de cómo había tomado el control de la pizarra y la claridad de la explicación, le preguntaron con quien había estudiado. Papá, muy sorprendido por la pregunta, dijo, “con nadie, con el libro.”

La escuela primaria en Venezuela no era así. Recorrí tres o cuatro colegios en dos años – eran malos, no exigentes, muy fáciles, y yo me aburría. Mis padres, horrorizados y desquiciados, terminaron inscribiéndome en el colegio americano, que era todo en inglés. Como yo no hablaba inglés, por primera vez no era fácil; mi comportamiento mejoró instantáneamente ya que el terror -o la vergüenza- de no entender nada funciona mejor que cualquier castigo.

Y esos años pasaron a ser uno de los momentos más definitivos y hermosos de mi relación con mi Papá. Por primera vez los deberes eran difíciles, y además el colegio era verdaderamente exigente y bueno, tomando lo mejor de lo que brinda la cultura académica estadounidense. Yo volvía del colegio a eso de las tres de la tarde, y comenzaba mis deberes.

Papá y Mamá tenían la consulta en casa. Una casa preciosa, de múltiples niveles, diseñada para gozar del trópico con secciones abiertas sin ventanas ni paredes que dejaban soplar el aire cálido y seco de Caracas –un clima tropical, sin humedad, verdaderamente privilegiado.

Entre paciente y paciente, Papá subía las escaleras casi corriendo; todavía me acuerdo que lo escuchaba venir a mil por hora y mi cuarto estaba al final de un largo pasillo. En cierto modo era una bendición escucharlo porque sabía que me quedaban treinta segundos más o menos para terminar de pulir lo que estaba haciendo. Entraba y, con precisión milimétrica, entendía rápidamente la tarea, me ayudaba, me explicaba y me hacía pensar. Yo tomaba lo que habíamos hablado, intentaba implementarlo y él me lo corregía en el próximo intervalo. Así hasta las siete. Al principio era simplemente una ayuda. Pero al pasar los años se convirtió en un intercambio intelectual en el cual compartíamos juntos aprender, razonar, y jugar con las ideas. Y siempre seguíamos preguntando por qué. ¿Y por qué la gallinita dijo eureka? como insistía Ernesto Archer de los Les Luthiers. Porque preguntado incesantemente aprendemos que las gallinitas no hablan.

Yo le estaba enormemente agradecido. No solo por la dedicación esos tres o cuatro años a mi educación, por el compromiso moral como padre y como maestro, sino también porque me había abierto los ojos a un universo riguroso y académico que no era putrificantemente aburrido. Al revés, era un mundo de las ideas, alegre, dinámico, excitante, juguetón, y con sentido del humor. Entonces le pregunté como se lo podía pagar, retribuir. Y sin pestañear me contestó que so le retribuía a mis hijos.

Ahora tengo dos chicos hermosos, Jack de 15 años y Carolina de 12. Hasta el año pasado Jack iba a un colegio que terminaba en octavo grado, solo de varones/niños, super riguroso académicamente, con una educación muy clásica en el mejor sentido de la palabra. Escribir, hacer presentaciones orales, recitar poemas de memoria, aprender bien gramática, y estudiar y gozar la cultura (en la Galería Borghese nos explicó a Marci y a mí lo que sabía de Apolo y Dafne) marcaron esos años. Pero con esa exigencia el currículum era super pesado y para entrar a un buen colegio en noveno grado tenía que sacar notas excelentes el primer semestre en octavo.

Los exámenes finales del primer semestre fueron a finales de enero. Desde el primero de enero empezamos a estudiar juntos todos los días. Al principio tres o cuatro horas, pero las últimas dos semanas antes de los finales yo volvía a casa a las tres y estudiábamos básicamente hasta las nueve. Los sábados y domingos de ocho a cuatro, más o menos. Estudiábamos las cruzadas, las declinaciones en latín, las mitocondrias, las ecuaciones cuadráticas -- ahora soy mucho más culto, aunque no tanto como Jack. Loco. Pero le fue estupendamente bien y ganó el premio al mejor alumno en historia – que le fascina. Fuimos a la guerra juntos, y como con mi Papá, sufrimos, disfrutamos, y aprendimos. No solo pagué mi deuda, porque aunque un padre nunca la cobraría, un hijo la debe. Pero también me enriquecí con una relación hermosa con mi hijo. Ese era el secreto y la sabiduría del consejo de mi padre. El pagar la deuda no cerraba el pasado pero continuaba un legado intergeneracional al enriquecer la relación entre Jack y yo.

Y ese es el verdadero legado de mi padre. La sabiduría y la inteligencia al servicio de enriquecer y mejorar el mundo. El siempre decía que hay que dejar el mundo mejor de lo que lo encontramos – es un compromiso y una responsabilidad moral. En la familia que los hijos sean mejores que los padres. Y en la ciencia y las ideas hay que continuar enriqueciéndolas, cuestionándolas, preguntando por qué. Incluso cuestionando el enfoque

modular transformacional – solo cuestionándolo se lo puede enriquecer y mejorar. Y solo así puede perdurar esa gran obra que desarrolló y nos dejó mi Papá en el psicoanálisis.

Del apego al deseo de intimidad: las angustias del desencuentro

Hugo Bleichmar

Resumen

Se examinan las motivaciones que impulsan las conductas de apego desde la perspectiva del enfoque "modular-transformacional", tratando de delimitar psicoanalíticamente los diferentes tipos de objetos del apego. Se establece la especificidad del deseo de intimidad, las modalidades bajo las cuales se trata de cumplirlo, el tipo de sufrimiento generado cuando no se lo logra -claramente diferenciables de las angustias de la ruptura del apego-, así como estructuraciones de la personalidad como defensas ante la intimidad. Se estudia una forma de la patología de la intimidad, el masoquismo del dolor compartido, forma de alcanzar el sentimiento de comunión intersubjetiva. Se reconceptualiza la afectividad dentro de un modelo que toma en cuenta lo intrapsíquico y lo intersubjetivo, delimitándose tres dimensiones: la expresiva, la comunicacional-inductora y una tercera, en la que el sujeto se autoimpone la afectividad del otro para sentir que se fusiona con este. Los conceptos anteriores son aplicados a la situación analítica a fin de establecer variantes de combinaciones en la pareja analista-analizando de encuentros/desencuentros entre las respectivas formas de deseos de apego, de intimidad, de angustias ante estos deseos, y de tipos de defensas que en ambos integrantes se pueden activar.

Abstract

The motivations that drive attachment behaviors are examined from the perspective of the "modular-transformational" approach, trying to delimit psychoanalytically the different types of objects of attachment. The specificity of the desire for intimacy is established, the modalities under which it is tried to be fulfilled, the type of suffering generated when it is not achieved -clearly distinguishable from the anguish of the rupture of the attachment-, as well as personality structuring as defenses against intimacy. A form of the pathology of intimacy is studied, the masochism of shared pain, a way of achieving the feeling of intersubjective communion. Affectivity is reconceptualized within a model that takes into account the intrapsychic and the intersubjective, delimiting three dimensions: the expressive, the communicative-inductive and a third one, in which the subject imposes himself or herself the affectivity of the other

to feel that he or she is fused with the latter. The previous concepts are applied to the analytical situation in order to establish variations of combinations in the analyst-analytic couple of encounters/disencounters between the respective forms of desires of attachment, of intimacy, of anguish before these desires, and of types of defenses that in both members can be activated.

Este trabajo intenta explorar psicoanalíticamente cuáles son las relaciones entre los deseos de apego -sus variantes- y un área de la intersubjetividad que desencadena intensos deseos y tensiones: la vivencia, a nivel inconsciente y consciente, de que el sujeto y el otro se hallan o no en un mismo espacio emocional, espacio en que el sujeto puede sentir que se fusiona jubilosamente con el otro sin perder su sentimiento de ser, o que, por el contrario, tiene una sensación lacerante de soledad en presencia del otro, de vacío, de que el otro está por fuera de ese espacio, a la vista, incluso en estrecho contacto físico, pero inalcanzable. Vivencia difícil de describir con palabras porque el lenguaje convencional apenas resulta adecuado para dar cuenta de una experiencia profunda de cómo es el encuentro entre el sujeto y el otro, y cuya construcción se remonta a los primeros intercambios emocionales en un lento pero progresivo proceso que va desde precursores como la sonrisa de los primeros meses para provocar la sonrisa del otro -encuentro de sonrisas- hasta el sentimiento de compartir una ideal. Cuando se enuncian frases como “te siento distante”, “no nos entendemos”, “es como si estuviéramos en dos mundos diferentes”, con todo el dolor que encierran, se está intentando cercar con palabras algo perteneciente a otro orden: la soledad en el instante mismo en que se está físicamente acompañado. Sentimiento de desencuentro que no debe confundirse con la angustia, el miedo o la tristeza. Se trata, más bien, de una tensión dolorosa que podemos ubicar dentro de la categoría genérica que Freud (1926/1976, p. 160-1), para referirse al objeto perdido, denominara “investidura de añoranza”, la cual, en el caso de la intimidad, asume una forma específica de tensión psíquica: “añoranza de deseo de intimidad”, que puede llegar a alcanzar niveles intolerables cuando se siente que el otro está por fuera del alcance emocional del sujeto.

Es necesario diferenciar el sentimiento de no encontrarse en el mismo espacio mental del de soledad producido por la ausencia del otro. En este caso, se le puede extrañar pero no se produce el sufrimiento tantálico de que está físicamente presente pero en otro lugar psicológico, de que el sujeto no ocupa el lugar deseado en la mente del otro y, sobre todo, que no le puede llegar con sus sentimientos, con sus pensamientos, para provocar en él/ella la resonancia que posibilite la vivencia de estar juntos, de intimidad. Entonces, se prefiere romper con el otro, no verle más, para no experimentar el dolor del desencuentro emocional en el momento mismo de su presencia. En estas condiciones, el odio es reforzado al servicio de tratar de destruir dentro del sujeto el anhelo de intimidad, base del sufrimiento.

Apego e intimidad, dos condiciones cuyas relaciones merecen ser precisadas. Las ideas de Bowlby (1969, 1973) sobre el apego encontraron mucha oposición dentro del psicoanálisis, al mismo tiempo que dieron lugar a una importante producción (ver: Ainsworth et al., 1978; Atkinson, 1997; Bailly, 1997; Bernardi, 1998; Lebovici, 1991; Marrone, 1998; Murray Parkes, 1991; Ortiz Barón, 1993; Sperling, 1994; Vollin, 1998). Contribuyó a ello el hecho que él mismo las opusiera de manera frontal a la tesis freudianas sobre el papel determinante de la sexualidad en la fijación al objeto, viendo al apego como independiente de aquélla, no impulsado por el deseo sexual sino por una motivación propia que, desde una perspectiva neodarwiniana, serviría en la escala zoológica para la

autopreservación (Slavin, 1992). Otra causa del rechazo por parte de la comunidad psicoanalítica derivó de que buena parte de los estudios sobre el apego tuvieron un carácter conductual sin penetrar en la fantasía del sujeto, tratando de describir conductas frente a la presencia/ausencia/retorno del objeto del apego. A pesar de que Bowlby dejó claro que el apego depende de esquemas internos que moldean las formas que adoptan –esquemas internos a los que llamó *working models*, el centro de la investigación no se centró en la subjetividad, en lo intrapsíquico, en la complejidad de la estructura motivacional que dentro del sujeto determina su búsqueda de relación con el objeto externo.

Por nuestra parte, en trabajos anteriores (Bleichmar, 1997, 1999), indicamos que para comprender qué es lo que impulsa al apego resulta necesario tener en cuenta los distintos sistemas motivacionales que movilizan al psiquismo. En ocasiones, el objeto del apego es aquel que permite obtener un sentimiento de seguridad –autoconservación–, como se constata en la relación del fóbico con su acompañante. En otras, es el placer sexual el que fija a un objeto que queda seleccionado de entre todos los que rodean al sujeto. En este orden de cosas, la tesis freudiana de la elección de objeto y fijación al mismo por ser el que satisface la pulsión sexual tiene en la actualidad una amplia confirmación no solo a nivel psicológico sino en base a rigurosos estudios en neurociencia (Insel, 1997).

El objeto del apego puede ser el que contribuye a la regulación psíquica del sujeto, a disminuir su angustia, a organizar su mente, a contrarrestar la angustia de fragmentación, a proveer un sentimiento de vitalidad, de entusiasmo. El sentimiento de desvitalización, de vacío, de aburrimiento ante la ausencia del objeto del apego hace que se le busque compulsivamente.

El objeto del apego puede ser, también, y de manera prevalente, el que sostenga la autoestima del sujeto, aquel con el cual fusionarse para adquirir un sentimiento de valía. Objeto narcisizante en las múltiples dimensiones que hemos descrito (objeto de la actividad narcisista, posesión narcisista (Bleichmar, 1981), a las que se agregan las funciones que Kohut (1971) denominó de especularización e imago parental idealizada.

Por otra parte, hay que distinguir el apego impulsado por el placer que surge en la relación con el otro (el sexual, por ejemplo, o el que narcisiza) del apego defensivo para contrarrestar angustias de separación, de soledad, de desregulación psicobiológica, de intensos sentimientos de inferioridad. En estos casos, el apego es secundario a la angustia, como en la simbiosis defensiva frente al terror de la desintegración.

En síntesis, el apego se realiza con un objeto de la autoconservación, con un objeto del narcisismo, con un objeto de la sexualidad, con un objeto de la regulación de las necesidades psicobiológicas. En todos estos casos, en la conducta de apego hay una fantasmática (de búsqueda del placer o de huida del displacer) que la impulsa y una memoria procedimental que lo organiza (Pally, 1997; Stern, 1985).

El placer en el sentimiento de intimidad que produce el encuentro con el otro es una motivación adicional para el apego que no es reducible ni a la sexualidad ni al sentimiento de protección de la autoconservación, ni tampoco a la valoración en el área de la autoestima y el narcisismo, o a la regulación psicobiológica. A algunos sujetos les es suficiente con el apego autoconservativo o el sexual, siendo la cuestión de la intimidad algo que ni siquiera está planteada en sus mentes. Basta que la propia necesidad sexual se satisfaga, incluso sin que el otro vibre, para que se busque a un objeto que rondará continuamente en sus pensamientos.

En cuanto a lo autoconservativo, para tomar un ejemplo, el paciente fóbico con crisis de pánico o hipocondríaco puede manifestar un sólido y compulsivo apego al terapeuta –no faltará jamás a sesión, sentirá intensas angustias de separación- pero en su mente el otro es simplemente un instrumento-cosa que le protege, no alguien con sentimientos y necesidades que se desea compartir.

Otros sujetos no buscan ni que el objeto les proteja, ni que les brinde gratificación sexual, ni que les regule psicobiológicamente, ni que les equilibre la autoestima. Su necesidad es la de sentirse en el mismo espacio emocional que el otro, sentir que hay un encuentro de mentes. En consecuencia, así como el psicoanálisis describió un objeto de la sexualidad, uno de la autoconservación, uno del narcisismo, uno de la regulación psicobiológica (Lichtenberg, 1989), de igual manera resulta necesario reconocer la existencia de un objeto de la intimidad.

El sujeto podrá tener todos estos objetos separados en distintas personas –el amigo/a de la intimidad es claramente diferente del objeto sexual o del autoconservativo-, o algunos de ellos confluir en un solo personaje que cumple varias funciones simultáneamente. Articulación compleja entre los diferentes objetos, con disociaciones y condensaciones, que nos alertan acerca de que expresiones tales como “ansiedad de separación” requieren ser particularizadas respecto a cuál es el objeto que está en juego: qué función cumple en relación a uno o varios sistemas motivacionales.

Modalidades de la intimidad

El sentimiento de intimidad se alcanza bajo modalidades diversas. Hay sujetos que experimentan que están en el mismo espacio psicológico si ambos sienten el cuerpo del otro. O, con más precisión, si el cuerpo de cada uno está representado placenteramente en la mente del otro. El tipo de contacto que pasa a ser índice de que se está juntos es muy diverso: mientras que para algunos requiere como indispensable la sexualidad directa, para otros resulta suficiente pasar junto al otro y rozar fugazmente una parte de su cuerpo a condición de que ese roce sea también para el otro índice de que se comparte una presencia. Este *objeto de la intimidad corporal* es diferente del *objeto del apego corporal* en que el sujeto busca el contacto solo para sentir en su cuerpo al cuerpo del otro, en que se desea dormir abrazado al otro para que su presencia sea calor/sensualidad en el propio cuerpo. En cambio, cuando es el cuerpo de la intimidad el que se desea pasa a requerirse, adicionalmente, que la mente del otro, el cuerpo del otro, sientan al cuerpo del sujeto: encuentro entre dos mentes en las que el cuerpo del otro es vivido como deseante y no como objeto de un deseo que existe solo en el sujeto.

Otros viven la intimidad como basada en participar de un mismo estado afectivo, sea el de alegría, el de tristeza, el de sorpresa, el de interés, el de horror y disgusto, etc. Cuando el anhelo de cohabitar tal espacio emocional es el que domina al sujeto, se hace todo lo necesario para activar en el otro el estado afectivo deseado: la comunicación es una acción sobre el otro para producir la resonancia afectiva, para que el otro vibre en la misma longitud de onda. Incluso, se hipertrofia el propio sentimiento, se histeriza la emoción, para arrastrar al otro. O, a la inversa, el sujeto se mimetiza con el estado de ánimo del otro para sentir que está con ese otro. En ambos casos, la afectividad no es algo en sí misma, no vale por su cualidad expresiva de estados interiores sino como medio para alcanzar el encuentro con el otro. Por ello la pregunta que en la situación analítica guiará nuestra captación del paciente no es solo ¿qué siente? sino, también, ¿siente esto para sentir qué otra cosa? Y esa otra cosa

consiste, no infrecuentemente, en lograr sentir que se “está con”. Por ello se obtiene placer al estar sufriendo “junto con”, lo que genera en algunas personas una de las formas del masoquismo: el placer de sufrir deriva de que permite alcanzar el sentimiento de intimidad con un otro que sufre. Si esta ha sido la modalidad básica de intimidad que se vivió en la relación con los padres o con los hermanos –relatos de uno de los padres sobre su sufrimiento en la relación con el otro, o sufrimientos experimentados en la infancia-, entonces, para readquirir la vivencia del encuentro, se recreará el sufrimiento que fue el aire que se respiraba en común. La propuesta de sufrir juntos que se propone inconscientemente al otro, sea un amigo/a o la pareja o el terapeuta, mediante el hablar o recordar hechos y experiencias dolorosas, tiene el carácter agríndice derivado de ser la condición que posibilita el sentimiento de encuentro íntimo.

La adicción al sufrimiento compartido, que constituye toda una forma del carácter, nos coloca de lleno en el papel de la intersubjetividad en la génesis de la psicopatología del masoquismo. Este fue estudiado en su origen como fenómeno puramente individual: fuerza que dentro del sujeto producía placer –masoquismo sexual- o aliviaba culpa –masoquismo moral- (Freud, 1924/1976), o lograba un sentimiento de cohesión del *self* (Kohut, 1971). Pero el placer en el sufrimiento puede tener sus raíces, y su reactualización en el presente, en vínculos en los que el sufrir es el medio privilegiado para sentirse en comunión con el otro. De ahí el riesgo de esta forma de transferencia-contratransferencia masoquista en que paciente y analista obtienen un sentimiento de intimidad a través de centrarse en experiencias dolorosas.

De paso, así como es un progreso incorporar la dimensión intersubjetiva a la comprensión del masoquismo, igual sucede con la profundización de las motivaciones que generan y mantienen a una personalidad narcisista. Junto a las motivaciones puramente intrapsíquicas, a los movimientos defensivos, en que la exaltación narcisista y el *self* grandioso sirven ya sea para contrarrestar sentimientos de envidia, de agresividad –“si soy grandioso no tengo nada que envidiar, no siento rabia”-, la posición de Kernberg, 1975) o porque contribuyen a compensar fallas de narcisización por parte de los objetos del *self* –Kohut (1971), otra causa reside en que el *self* grandioso constituye una ofrenda que el niño/a brinda a padres que le requieren esa exaltación. Hay padres que exigen inconscientemente que el hijo/a despliegue una exaltación narcisista para otorgarle no solo su presencia, su reconocimiento, sino para permitir compartir su intimidad: se sueñan juntos fantasías de grandiosidad que moldearán, luego, la forma prevalente bajo la cual la personalidad narcisista reclamará del otro un estado de exaltación grandiosa a compartir.

Nociones como las de “falso *self*” o de personalidad *como si* recubren, entre sus modalidades, al carácter estructurado en base al uso del mimetismo para lograr la intimidad: se autofuerza el sentimiento, el pensamiento y la actitud hasta hacerlos equivalente al del otro para conseguir ese sentimiento más básico –el de intimidad- que subtiende a los sentimientos particulares que son meramente productos del azar de qué es lo que sentía aquel con quién el sujeto se había encontrado.

Triple dimensión de los afectos: expresión, comunicación-inducción y acomodación

Buena parte del desarrollo emocional, de la adquisición por parte del sujeto del vocabulario emocional del otro, de la identificación emocional con los padres, la pareja o el analista, se produce para sentir que se está con el otro, para unirse a ese otro. Lo que obliga a revisar la tan difundida concepción de que los afectos serían exclusivamente expresión de

un estado interior, reacción del sujeto a ciertas representaciones. Es decir, que cuando el sujeto es dominado por representaciones que significan peligro, entonces siente miedo; cuando pierde al objeto, sobreviene la tristeza; cuando logra realizar un deseo, aparece alegría, etc. En todos estos casos el afecto es resultado, parte de un estado mental, correlato automático de ciertas ideas. Dimensión puramente intrapsíquica ya que los afectos se pueden experimentar en la más estricta soledad.

Junto a esta dimensión intrapsíquica de la emoción –no requiere de la presencia del otro ni está dirigida al otro- queremos destacar otras dos. Una más conocida, la emoción como comunicación, en que el sujeto activa o intensifica una emoción para llegar al otro y hacerle sentir lo que él siente. Y si el otro (padres o analista) es *sordo*, el sujeto debe incrementar su estado emocional en un intento de que se le escuche. Es la causa por la cual algunos pacientes desarrollan una angustia o una tristeza que van en aumento cuando el analista no “escucha”, o cuando el sentimiento de no ser escuchado resulta de que transfieren sobre este un objeto interno –real en el pasado o pura construcción imaginaria- de padres insensibles, no empáticos que no captaban su estado emocional. Emoción “comunicación-inducción”, destinada a tratar de promover en el otro una respuesta emocional y un posicionamiento (un rol en la relación) desde el cual responda a la demanda del sujeto expresada en forma de esa emoción particular. El estado afectivo es un instrumento en los intercambios con el otro para que este sienta y se comporte de la manera deseada. Proceso en dos tiempos: primero, se produce en el sujeto un cierto estado emocional; luego, con la finalidad de llegar al otro, se lo intensifica. *Histerización* de lo existente, ahora al servicio de buscar cierta respuesta del otro.

Pero, además de lo anterior, cuando lo que se anhela es compartir un espacio psíquico, la emoción cumple una función a la que podemos denominar *fusional*: medio para producir el encuentro. La emoción pierde su carácter de componente de estados interiores cognitivo-afectivos y pasa a ser convocada solo para generar el encuentro. Si los padres solo prestan atención y responden positivamente cuando el sujeto muestra alegría, este estado afectivo corresponde no a estados interiores (emoción-expresión), sino que constituye la manera autoimpuesta por la cual el sujeto intenta estar con el otro.

Desde esta perspectiva, la génesis del carácter hipomaniaco no se debe siempre a una defensa en contra de algo que el sujeto trata de negar –puro movimiento intrapsíquico-, sino que puede ser el resultado del requerimiento del otro de que el sujeto sea alguien que le alegre. Si esta es la relación interna que el sujeto tiene con un otro que le “obligaba” a la alegría, a la excitación, ahora, en la situación analítica, al proyectar en el analista ese otro, puede necesitar negar, alegrarse, para el otro, es decir, no en contra de representaciones negativas propias sino para sentir que agrada al otro. Lo que muestra, una vez más, que hay defensas a requerimiento del otro, sea este requerimiento real o simplemente imaginario en el sujeto que cree que ese otro así se lo demanda. Causa intersubjetiva de la defensa muy poco estudiada en que el sujeto está alienado en la emocionalidad y la modalidad defensiva que tiene el otro, y no por identificación –incorporación de un rasgo del otro que pasa a formar parte del *self* nuclear- sino para proteger el vínculo con el otro.

Formas de alcanzar la intimidad

Si bien el compartir un estado emocional –sea por imposición al otro o por acomodación al de otro- es una de las formas privilegiadas para obtener el sentimiento de intimidad, no debemos universalizar aquella condición. Alguna gente adquiere ese

sentimiento de espacio mental compartido cuando hace algo práctico en que el otro interviene –cocinar, arreglar un objeto, pintar un cuarto, seleccionar algo que se compra. La actividad actúa de indicador semiótico para el sujeto de “estar con”. El otro participante de la escena podrá no expresar emociones pero el hecho de alcanzar el destornillador que se le pide, o que anticipa que el sujeto necesita para completar una acción, es lo que brinda el sentimiento de unión. “Ayúdame a poner la mesa o a hacer la cama” pueden ser el medio que en la cotidianidad trata de dar forma al anhelo de encuentro. Así como hay familias que se reúnen para hablar, para relatarse estados afectivos, para hacérselos vivir a los demás, otras alcanzan el espacio común de la intimidad a través de las tareas prácticas que comparten.

Lo expuesto hasta aquí nos va indicando que no es ni el cuerpo, ni la emoción ni la actividad instrumental lo decisivo para alguna gente, sino que hay una cierta y muy específica cualidad de la experiencia intersubjetiva que es lo que se desea. Lo que no significa que otra gente no busque exclusivamente gozar con el cuerpo sin interesarse en el espacio psicológico compartido, o alcanzar cierto estado emocional deseado propio, o conseguir cierto objetivo en sí mismo, para sí mismo, sin que entre como motivación lo que está pasando en el otro. Por ello la polémica entre Fairbairn (1952) -la libido busca la relación con el objeto- y la posición freudiana- el objeto es un medio para obtener la satisfacción de la pulsión- coloca en términos dicotómicos, universaliza, lo que son formas de la relación entre el sujeto y el objeto: se puede utilizar al cuerpo para alcanzar un sentimiento de unión con el objeto, o se puede utilizar al objeto, y hasta el sentimiento de unión, para conseguir la más pura realización de un deseo sexual o un objetivo práctico; o se pueden articular ambos tipos de deseos. Y ello dependerá no una cualidad innata del sujeto sino de las experiencias bajo las cuales su psiquismo haya sido estructurado, de lo que buscaban sus padres en el contacto con el sujeto: por ej., que este fuera alguien que se comportase de determinada manera u, otra posibilidad, fuera un ser con quien obtener el sentimiento de estar “junto con”. Dependerá, también, y en no menor medida, de las transformaciones que la fantasía inconsciente imprima a las experiencias, en esa compleja interacción existente entre lo interno y lo externo. Si el experimentar emociones, por ejemplo, es captado como peligroso, y el sujeto bloquea defensivamente cualquier emergencia de aquéllas, el logro del sentimiento de intimidad tomará otros cauces, que podrán depender, a su vez, de la catectización narcisista de ciertas funciones – la de pensar, por ejemplo- y sus productos - los pensamientos. Relación no lineal en los efectos de los intercambios con las figuras parentales que nos previene de cualquier concepción mecánica de la transmisión generacional: si los padres para sentir que estaban en contacto inundaban de una emocionalidad angustiante, el rechazo de esta por parte del sujeto puede determinar que la forma de intimidad buscada no sea la vivida traumáticamente en la infancia sino el compartir un silencio: se siente que ambos de la nueva relación “están con” porque experimentan el mismo placer del silencio y la calma emocional concomitante. Con toda la importancia que la identificación posee para reproducir en los hijos las modalidades de vínculos que se vivieron con los padres, las angustias y los deseos del sujeto imponen transformaciones al hacer entrar nuevas dimensiones. En ciertos casos hay interiorización pero siempre lo que domina es proceso interiorización-transformación.

La intimidad en la situación analítica

Deseos desvinculados de la intimidad, o guiados por la búsqueda de esta, que imprimen su curso a la situación analítica: si el analista busca exclusivamente que el paciente haga *insight*, o que siga determinada conducta bajo ciertos ideales de salud/enfermedad,

contribuirá a estructurar al psiquismo de su paciente bajo la motivación “un objetivo a alcanzar”. Metafóricamente, estarán tres: el paciente, el analista y la meta-objetivo terapéutico. El paciente será para el analista un objeto a transformar y este, para el paciente, un objeto-instrumento para lograr ciertos fines. Ambos mirarán el objetivo, y si esto determina que se desatienda el deseo de “estar junto con”, en algunos pacientes se reforzará una estructura psíquica en que ese deseo estuvo insuficientemente desarrollado. Es lo que sucede con ciertas personalidades “fácticas” orientadas hacia acciones en el mundo exterior y para quienes el encuentro con el otro es una contingencia que se agrega, y a la que hay que soportar, en el camino hacia sus metas.

Otros pacientes, en aras de alcanzar el estar “junto con” el analista, moldearán toda su actividad: asociarán, contarán sueños, cambiarán. El hablar será una forma de “estar con”, de lograr un sentimiento de intimidad. Incluso el *insight* estará al servicio de la necesidad básica de compartir un espacio psicológico. Desde esta perspectiva, no podemos dejar de alertar acerca de la paradoja de una personalidad “como sí” que hace *insight* de que siempre ha funcionado como “como sí”, pero bajo la motivación inconsciente de sentirse unida al otro al que sabe que agrada, y con el cual se une, mediante ese *insight*. Por tanto, reforzamiento del carácter “como sí”.

De manera simétrica, si el deseo prevalente en el analista es el de “estar con”, entonces, para algunos pacientes se reforzará esta tendencia que es la que ya dominaba su psiquismo, aunque en otros dará origen a lo que nunca fue desarrollado. Lo que nos aleja de cualquier valoración “a priori” de una u otra actitud –la de promover el encuentro intersubjetivo, el “estar con”, o la de buscar el *insight* y ciertos tipos de cambios- por parte del analista pues entrevemos el riesgo de iatrogenia cuando se actúa universalmente independientemente del tipo de paciente.

En cuanto a la cuarta modalidad por la cual ciertas personas alcanzan el sentimiento de intimidad, la de compartir ideas, el pensar igual, tenemos como ilustración a ciertas comunidades ideológicas - movimientos políticos, religiosos, científicos o profesionales- en las que aquello que brinda el sentimiento de comunión, de intimidad, es el pensar de manera de similar. Líderes o seguidores pueden sentir que forman una unidad, que “están con”, al compartir el credo pero molestándoles que el otro le proponga cualquier intercambio afectivo o una actividad desvinculada de la concordancia ideológica.

Pero hay en la dimensión cognitiva algo que va más allá del contenido de las ideas como capaz de producir o no el sentimiento de intimidad. Para una persona con una organización de su psiquismo bajo ciertas formas de razonar que se ajustan a la manera con la cual el discurso convencional encadena pensamientos y argumentos, cuando entran en contacto con alguien que piensa en términos más de proceso primario, ligando pensamientos mediante formas de articulación diferentes, saltando de un tema a otro, volviendo al anterior, dejando indeterminado de quién se está hablando (ej. “entonces vino”, y no se ha explicitado quién es el que vino), al primero se le produce una disonancia cognitiva, una sensación de malestar, de falta de encuentro. Igualmente, el detallismo de algunos obsesivos que abruma al interlocutor, genera en ciertas personas el sentimiento de no poder encontrarse con el otro porque las corrientes que organizan el pensamiento de uno y otro circulan por diferentes caminos de jerarquía de aquello de lo que se habla, de qué se espera que sea el momento siguiente en el diálogo

O el ritmo de pensar del otro, demasiado rápido o demasiado lento para el interlocutor, hace sentir que no se puede seguir el paso; asincronía que es captada como

desencuentro. Lo que nos conduce a considerar en el sentimiento de encontrarse en un mismo espacio psicológico la importancia que reviste el fenómeno del “entonamiento” (“attunement”), de los ritmos que se encuentran por parte de ambos participantes de una interacción, cuestión que tanto ha destacado Stern (1985).

Entonamiento o ritmo que abarca al encuentro corporal, o al afectivo, o al instrumental o al cognitivo. Entonamiento que nos interesa por algo que va más allá de la posibilidad de que cierta acción se desarrolle exitosamente –la sexualidad en la pareja, o el amamantamiento, o la tarea terapéutica, por ejemplo-, ya que interviene con carácter de determinante para que se logre esa dimensión supraordinada que estamos trabajando, el sentimiento de intimidad. Supraordinada en el sentido de que el ritmo que posibilita el encuentro sexual hace que este posibilite, a su vez, algo que el sujeto puede buscar por encima de todo: el sentimiento de comunión psicológica.

Cuatro dimensiones del “estar con” –afectiva, cognitiva, instrumental, corporal- que en la situación analítica se reducen a tres –excluida la corporal no solo por razones doctrinarias sino por las funestas consecuencias que ocurren cuando así no se lo hace-, y que serán los vectores por los cuales transcurrirán las vicisitudes del sentimiento de intimidad para ambos participantes. Contenido y ritmo de la afectividad, de la labor compartida -lo instrumental, la célebre “alianza de trabajo”-, y de consonancia/disonancia de los estilos cognitivos marcarán la posibilidad del sentimiento de intimidad, con sus placer y angustias.

Las preguntas serán: ¿qué hace el paciente afectiva, instrumental, cognitivamente, para lograr que el analista esté en su mismo espacio psíquico, o para evitarlo cuando esto produce angustia? ¿Qué hace el analista afectiva, instrumental y cognitivamente para conseguir objetivos equivalentes de aproximación o distancia, de compartir o separar espacios psicológicos? ¿Qué hacen ambos, independientemente de lo que desean, por pura compulsión a la repetición que va en contra de lo que desean y se proponen?

Y, aún de más importancia: ¿qué sucede si ambos integrantes tienen distintas modalidades para sentir que el otro está en su espacio psicológico, o de mantener separados estos espacios? Por ejemplo, si el analista siente que “estar junto con”, su forma caracterológica óptima de intimidad, es cognitiva -pensar igual, compartir insights, construcciones, teorías sobre el funcionamiento psíquico- y para el paciente es el encuentro afectivo, compartir el mismo estado emocional? El conflicto entre ambos es inherente a la estructura de ese encuentro, y lo que desde el analista podría ser considerado resistencia del paciente al encuentro cognitivo, a “tomar conciencia de”, con igual legitimidad desde el paciente podría ser vivido como resistencia del analista al encuentro afectivo. A modo de ironía: ¿era Irma quien se resistía a las interpretaciones de Freud o era Freud quien se resistía a la afectividad de Irma? En otros términos, ¿el paciente se resiste a las interpretaciones del analista porque su contenido despierta angustias o por transferencia negativa de tipo narcisista -qué dudas caben que esto sucede-, o porque, a veces, hay una diferente definición y necesidad, a nivel inconsciente, por parte de ambos integrantes de la pareja terapéutica de qué significa estar “junto con”, de la modalidad bajo la que se busca alcanzar el sentimiento de intimidad?

¿Pero es indispensable para que exista el sentimiento de intimidad que se tengan iguales, similares o equivalentes estados afectivos, cogniciones, actividades o encuentros entre los cuerpos? Para algunas personas sí. Para otras, en cambio, bastará que cada uno de los participantes capte qué es lo que pasa en la mente –emocional, cognitivamente- del otro, lo valide, y sienta que esa diferencia no separa. Dos formas de sentir que se logra la intimidad

que podría conducirnos a considerar a la primera como más “inmadura”, “infantil”, “egocéntrica”, “narcisista”, que son los términos con que generalmente se valoran diferencias. Por nuestra parte, dado que la segunda forma es mucho más infrecuente, casi un ideal algunas veces alcanzado, incluso no de manera estable por ninguna pareja, solo por momentos, preferimos ubicar a ambas formas como modalidades del encuentro. Desde el punto de vista terapéutico nos conformamos no con pasar de la primera a la segunda sino con un ideal que la práctica muestra como tampoco fácil: que cada uno sepa cuál modalidad regula su encuentro con el otro y cuál regula en el otro el sentimiento de intimidad. Ese saber sobre uno y el otro es ya una forma de encuentro. Incluso, el saber que uno de los integrantes de la pareja busca la intimidad y el otro la rehúye, ambos por las legítimas razones que puedan tener. En algunos casos el único encuentro posible consiste en compartir el conocimiento de las profundas diferencias que separan.

Diferenciación *self-no self* en el espacio compartido y su relación con el “espacio transicional”

¿Qué relación guarda el concepto de “espacio de intimidad” con el de “espacio transicional”, desarrollado por diversos autores influenciados por las ideas de Winnicott (1971) sobre lo que él denominara “espacio potencial” Bajo la expresión “espacio transicional” se ha intentado describir a un tipo de experiencia ilusoria en que la diferencia entre interno/externo, subjetivo/objetivo, “mí/no mí” pasa a ser irrelevante, permitiendo ello que el sujeto no sea abrumado por una realidad con la cual tendrá que lidiar toda su vida y que siempre resulta traumatizante. Espacio de creatividad en el que es la actitud del otro -la madre, el analista, etc.- quien permite que esa ilusión se mantenga, aceptando esa realidad ilusoria del que así la vive, introduciendo gradualmente, a pequeñas dosis, la realidad. En *Playing and reality* - traducido como *Realidad y juego* aunque la idea de Winnicott es la de algo que está ocurriendo creativamente, de ahí el uso de “playing”, jugando- se enfatiza que la ilusión es el resultado de una actitud del otro, “de una técnica de crianza”, en que no se cuestiona al sujeto acerca de si es él quien creó al objeto o lo encontró en la realidad, es decir que se le permite dejar indeterminada la diferencia entre lo interno, su fantasía, y la realidad.

En cambio, el sentimiento de intimidad surge en relación a un otro al que se reconoce como separado del sujeto -existiendo en la realidad- en el momento que manteniéndose ese sentimiento de diferencia, simultáneamente, se vive como que se comparte algo importante de la mente del otro, sean sus sentimientos, sus ideas, sus intereses y se le hacen vivir los propios. Es el sentimiento de unión en el seno de una diferencia percibida, unión que produce tanto más placer porque no anula la diferencia: somos diferentes pero sentimos, pensamos, igual. Uno existe para la mente del otro y el otro en la de uno, y se siente que ambas mentes tienen algo importante en común. Es la tensión entre separación y unión la que posibilita el placer de la intimidad. Por ello no es fusión total, pérdida de la individuación. Más aún, que se reconoce al otro como diferente dentro del marco de la intimidad se evidencia por las angustias que puede producir la intimidad al no existir el sentimiento de control en el fantasear que tiene lugar en el espacio transicional winnicottiano. La intimidad se desea y se sale en búsqueda de que el otro la desee. La intimidad exige una “teoría de la mente”, en el sentido que se le da actualmente: la atribución al otro de estados mentales (Fonagy, 1996).

Una vez establecida esta diferencia con el “espacio transicional”, dado que el sentimiento de intimidad con el otro es siempre una construcción subjetiva podrá moverse, según el momento y las personas, entre dos extremos: por un lado, en el nivel totalmente ilusorio en que el sujeto desea y cree que hay tal intimidad cuando eso no corresponde a lo

que el otro siente y es. Guarda relación con lo que Kohut (1971) describió como “transferencia gemelar” en que el paciente ve al analista como teniendo los mismos deseos y pensamientos. Pero, por otro lado, el sentimiento de intimidad puede corresponde a la captación, más acorde con lo que le pasa al otro, de que sí existe esa concordancia entre sujeto y el otro. Entre ambos polos, el de la subjetividad más arbitraria y el más cercano a la realidad -nunca alcanzable, nunca totalmente objetiva, siempre construida-, se encuentra toda la gama de experiencias posibles. Por lo cual el sentimiento de intimidad es una construcción subjetiva para cada uno de los participantes, regulada por sus deseos, por sus angustias, por las defensas pero, al mismo tiempo, creada entre los dos participantes. Lo que aplicado a la situación analítica indica que el sentimiento de intimidad puede ser para ambos participantes, no solo para el paciente sino para el analista también, una pura ilusión -uno de los polos mencionados- o algo que se aproxima a la realidad de lo que ambos sienten.

Pero antes de profundizar en las posibles combinatorias posibles cuando dos subjetividades se relacionan, debemos detenernos en las angustias ante la intimidad porque hasta aquí hemos razonado como si siempre fuera algo deseado. Para alguna gente, ya sea a través de experiencias directas de intercambios con sus figuras significativas, ya sea por identificación con esas figuras que le transmitieron cómo ellas viven la intimidad, o por el producto de sus producciones fantasmáticas, o por la articulación de estos factores con múltiples direcciones de determinación, lo cierto es que la representación interna del encuentro con el otro está cargada de temor: ser invadidos, avasallados, culpabilizados, perseguidos, castigados, entristecidos, sobreexcitados, contagiados con ansiedad, forzados a hacer lo que no desean, perturbados en sus ritmos, desorganizados cognitivamente, etc. Es decir, violentados corporal, afectiva, instrumental o cognitivamente. El espacio compartido es equivalente a estar en la jaula de los leones. En algunas relaciones entre los adolescentes y sus padres, aquéllos rechazan a estos porque la intimidad conlleva el sentimiento de invasión en cualquiera de los niveles descritos. Igual sucede en determinadas parejas, con el agregado que se puede rechazar al otro en una de las modalidades de la intimidad, la sexual, por ejemplo, no por retaliación narcisista ante las ofensas del otro, no para realizar el deseo de que se frustre el deseo del otro, no por falta de deseo sexual, no por ser vivida bajo las angustias de la penetración corporal sino por otra causa que se agrega a aquéllas: la sexualidad es significada como intimidad que es la que causa angustia por lo que ha significado en la historia del sujeto. Sobre el encuentro sexual recae el significado de que “estar con” es amenazante para la integridad del *self* en cualquier de las dimensiones que señalamos poco más arriba.

Una de las modalidades de intimidad que pueden generar más rechazo, movilizandof defensas, es el impacto traumatizante que es capaz de producir la afectividad del otro. Si esta afectividad es excesiva, cambiante, caótica –padres borderline, por ej.-, el sujeto se defiende de los mismos, llegando a eliminar todo deseo de contacto. En la situación analítica, si el analista es ansioso, si su forma de hablar, su tono de voz, transmite alarma, si es un analista preocupado a la manera de padres que quieren hacer sentir la gravedad de lo que está en juego, en estos casos el paciente puede tender a aislarse, a “resistirse” no por el contenido temático de lo que se le dice, no por rivalidad narcisista sino porque el estado emocional con el que se le inunda, y se le pide compartir, es desorganizante para su psiquismo.

Este nivel de la interacción, que no depende del contenido temático de lo que se dice, es el que ha sido más descuidado en psicoanálisis, a punto tal en no pocas ocasiones, para reflejar la participación del analista, se la transmite bajo la forma “le dije que...”, faltando la reflexión sobre la serie denominada “paralingüística” que aportaría: “le dije con un tono de

...(alarma, dureza, gravedad, distancia afectiva, sobreinvolucración emocional, etc.), y con un ritmo...(precipitado, tumultuoso, lento, etc.).

Como con cualquier tipo de deseo, el de intimidad está inscrito en el sujeto bajo múltiples expectativas de cuál será la posibilidad de realizarlo. Se puede tener la anticipación de que la intimidad no será jamás alcanzada, de que no habrá forma de llegar al otro. Desesperanza generada, a veces, cuando se siente que el otro –la pareja, por ejemplo-, no comparte una racionalidad que para el sujeto es autoevidente, que corresponde a cómo aprendió que socialmente se entienden las obligaciones recíprocas, las formas bajo las cuales cada uno debe regular su relación con el otro. Esta condición la ilustra el caso de una paciente que cuando reclamaba a su pareja un comportamiento inadecuado, la respuesta consistía, según el sentimiento del paciente: “empieza a revolear argumentos, que los saca de cualquier lado, que escapan a toda lógica, y entonces me desespero, me lleno de rabia...”.

Si alguien ha tenido la experiencia de convivir en su infancia con padres irracionales puede llegar un momento en que abandone cualquier esfuerzo en pos del logro de intimidad, por lo que no comunicará sus pensamientos, sentimientos, o movimientos. La esquizoidia y el silencio se convierten en la forma de protegerse de las angustias del desencuentro, del sentimiento de que no es posible sentar una base común para el diálogo y el entendimiento.

En otras ocasiones, sin llegarse al terreno de la desesperanza, la expectativa es que el otro solo llegará a entender al sujeto si este fuerza dentro de este último los sentimientos que desea comunicar. Un paciente, cuando me quería transmitir una idea, una angustia, una preocupación, comenzaba a gritar dando por anticipado que no le entendería. La frase tan frecuente de “no sé si me entiende” no resulta siempre de la proyección de la incomprensión del sujeto sobre sí mismo o sobre el otro sino de las experiencias reiteradas que ha tenido de no poder alcanzar el sentimiento de intimidad con el otro, de compartir el mismo espacio mental.

En este sentido, la pérdida del objeto de la intimidad -aquel en el que el deseo de intimidad se realiza- puede generar las reacciones emocionales equivalentes al primer tiempo descrito por Spitz para el hospitalismo y por Bowlby para la pérdida del objeto de amor, es decir, las correspondientes a la fase de protesta para forzar el reencuentro con el objeto. Pero si a pesar de la protesta, el objeto de la intimidad no se muestra dispuesto a desempeñar lo que de él se demanda, la fase de desesperanza y retracción es la que pasa a un primer plano.

Defensas en contra de la intimidad

Las formas que tiene el sujeto para mantener al otro a distancia, o directamente por fuera del espacio compartido defensas ante las angustias de la intimidad-, podrán transcurrir desde el alejamiento físico, o el retiro esquizoide en presencia del otro, o los estados disociados en que se preserva una parte de sí por fuera de la organización de la personalidad que participa en los intercambios con el otro -múltiples *selves*, Bromberg (1996) hasta la agresividad para distanciar al otro (Bleichmar, 1997; Mahler, 1981)

Por otra parte, se puede buscar la intimidad en una de sus formas –corporal, afectiva, instrumental o cognitiva- pero rechazarse las otras no porque impliquen intimidad sino porque afectan el sentimiento de seguridad en los sistemas motivacionales del narcisismo, de la autoconservación, de la regulación del equilibrio psicobiológico. Así un miembro de la

pareja puede buscar la intimidad en el plano sexual pero esto significa entrar en contacto con un otro que le desregula psicobiológicamente llenándole de ansiedad, o que le transmite su tristeza, o que desea imponerle sus ideas generando tensión en el sistema narcisista. Pero, a la inversa, la intimidad puede ser sobresignificada desde el sistema narcisista: “el/ella comparte conmigo... luego, me valora”, con lo cual se refuerza su búsqueda.

Esta reacción diferencial a la acción del otro desde los distintos sistemas motivacionales –se le acepta desde uno, se le rechaza desde otros- permite una descripción más fina de lo que se llama ambivalencia, fenómeno omnipresente en toda relación precisamente porque el sujeto se vincula desde una multiplicidad de sistemas motivacionales y modalidades de búsqueda y rechazo que propone al otro y desde los cuales reacciona a las propuestas de este. Más que ambivalencia entre dos categorías (amor-odio), con lo que nos encontramos es con polivalencia, es decir, valencias de signos opuestos entre los sistemas motivacionales.

Los desencuentros resultan de las múltiples combinaciones que se pueden generar entre el deseo de intimidad, las formas de lograrlo y las necesidades que siente un sujeto desde sus sistemas motivacionales. Ferenczi (1933/1984) habló de confusión de lenguas para referirse a la condición en que alguien se dirige a un otro en búsqueda de cuidado y protección y este último le responde mediante su deseo sexual. No importa que el primero sea el niño y el segundo el adulto, lo decisivo del aporte de Ferenczi es que ilustra acerca de una de las variantes del desencuentro entre dos subjetividades.

Así como la sexualidad puede ser algo en sí misma, por el casi puro placer pulsional, o ser un instrumento para alcanzar la intimidad, los deseos y necesidades de los demás sistemas motivacionales se pueden alcanzar sin que la intimidad esté de por medio. El placer narcisista es dable de obtenerse en algunos casos, precisamente, porque el sujeto siente que el otro no le interesa, ni lo que siente, ni lo que piensa ni lo que hace. Igualmente con la regulación psicobiológica o la autoconservación que es alcanzada mejor por alguna gente en soledad, sin la presencia física, emocional, instrumental o cognitiva del otro.

Si el sentimiento de intimidad estuvo acoplado con el de sentirse seguro, protegido, cuando no se alcanza la intimidad el sujeto puede representarse en peligro.

Pero como el psiquismo no funciona como un sistema de cómputo que logra maximizar beneficios y disminuir perjuicios sino que es impulsado, de manera más bien ciega, por distintas fuerzas motivacionales, que empujan cada en su propia dirección, alguien puede tener intensos deseos de intimidad, buscarla en el plano emocional o en el corporal, pero se encuentra con otro que le desregula el sistema narcisista o el sensual/sexual o el de la autoconservación por lo que terminará rehuyendo el contacto. O, a la inversa, alguien puede ser empujado por fuertes necesidades del sistema narcisista hacia la confrontación con el otro, hacia la demarcación y diferencia para sentirse superior, con lo que se frustran simultáneos e igualmente intensos deseos de intimidad.

En consecuencia, en cada encuentro con el otro, el sujeto se halla expuesto no únicamente a las contradicciones entre sus sistemas motivacionales -contradicciones intrapsíquicas- sino a las que resultan del interjuego con las del otro. Y esto vale para el encuentro analítico en que se activan deseos y angustias ante la intimidad en cada uno de los participantes, con especificidad en sus predominios relativos, y, a la vez, encuentros/desencuentros entre los deseos y necesidades de los respectivos sistemas motivacionales.

Preguntas, entonces: ¿en la dimensión búsqueda/rechazo de la intimidad en la que se mueven ambos miembros de la pareja analítica, cuáles serán las consecuencias cuando los dos la buscan, cuando los dos la rechazan, cuando uno busca y el otro rechaza? ¿Cómo contribuye la orientación teórico-técnica del analista, además de su caracterología, para reforzar la búsqueda o huída de la intimidad? ¿Generan un campo similar, en cuanto a la intimidad, un analista freudiano, kleiniano, kohutiano, lacaniano, intersubjetivista, interpersonalista?

La falla en el logro de la experiencia de intimidad puede articularse con tendencias melancólicas o paranoides, es decir tendencias de atribución de responsabilidad de quién ha sido el causante del dolor, lo que conduce a estados melancólicos o paranoides, de autorreproche o reproche al otro, en los que la preocupación por la intimidad pasa a un segundo plano. Momentos del suceder psíquico, pasaje desde el deseo de intimidad al sentimiento de frustración, de este a la rabia contra el objeto externo, a las angustias que esta rabia produce, a las defensas ante estas nuevas angustias.

Las distintas combinaciones entre las modalidades por las que una persona busca la intimidad, la relación entre intimidad y apego, entre apego y sistemas motivacionales, variables para cada sujeto, nos indican una vez más que el psiquismo funciona como un sistema de articulación de componentes, en que los módulos, al articularse, sufren e imprimen transformaciones en los otros. Lo mismo, pero de manera aún más compleja, tiene lugar cuando son dos subjetividades las que entran en contacto.

¿Por qué se busca la intimidad?

Si hemos afirmado que el deseo de intimidad no se reduce a las motivaciones habituales que llevan al apego autoconservativo, sexual o narcisista, que aquel constituye una condición con especificidad propia, entonces ¿por qué se busca la intimidad? De no contestar a esta pregunta correríamos el riesgo de convertir a esta en una entelequia. ¿Qué es lo que sucede en el momento en que sentimos que compartimos con otro un estado de ánimo? Por un lado, se convalida nuestro estado mental y nosotros en tanto seres que tenemos ese estado mental. Uno es confirmado en el sentimiento de que existe, en la validez de nuestras percepciones y pensamientos, en la medida que para otro aquello que somos, sentimos, pensamos, sí existe. El sentimiento de ser sujetos lleva la marca de nuestra constitución a partir del otro: el niño desea, las más de las veces, casi dictatorialmente, que el adulto mire lo que él está mirando porque su placer acerca de algo requiere recrear los momentos constitutivos del psiquismo en que el significado de una experiencia, especialmente su valencia emocional, no puede ser asignado desde adentro sino a partir de los referentes que el otro provee. Incluso algo que es una disponibilidad biológica, el sonreír, es leído en la sonrisa y el placer del adulto que sonrío en el mismo momento; o el placer por un alimento determinado es creado por el que se observa en el otro significativo frente al mismo; o el placer funcional de los primeros dominios motores requiere la respuesta jubilosa del otro que contribuye a darle existencia.

Como adultos, continuamos requiriendo para nuestra confirmación como sujetos, para la validación de sentimientos, pensamientos y acciones, de que un otro los revalide. Revalidación que para algunas personas no corresponde simplemente a un “re” de un existente intrapsíquico sino que es condición de su propia constitución, de que pase a existir.

Pero ya sea que el otro nos confirme o nos conforme (en el sentido de que nos da forma, nos construye), jamás dejamos de requerir que un otro real o imaginario dé testimonio de nuestra existencia y de la valencia emocional de la experiencia. El placer que se encuentra en la intimidad es, precisamente, esa revalidación. Por ello tiene un carácter vivificante que no se reduce al “yo valgo”, desarrollo ulterior que exige que se haya organizado en el psiquismo un sistema de valoraciones, una escala de preferencias, un yo ideal, una capacidad de comparar la representación de sí con la de ese yo ideal. Se trata, en cambio, de algo mucho más general y abarcativo en que la libido del otro, el placer del otro, entra entra como fundante del placer del sujeto en ser, en pensar, sentir y actuar.

Una vez que se descubre, dolorosamente, que el estado emocional del otro, que sus intereses y deseos, pueden ser muy diferentes a los del sujeto, el deseo de reencuentro mental se convertirá en motor del psiquismo. El placer de la intimidad no es indiferenciación, borramiento de los límites *self-no self*, sino afirmación del ser en el encuentro con un otro que confirma al sujeto y sus vivencias pero a condición de que el sujeto lo confirme dentro de sí para que, entonces, el otro sí disponga del poder de asignar significado a los momentos particulares del existir.

Obstáculos internos a la intimidad

Este requisito de que el otro tenga validez dentro del sujeto para que surja el sentimiento placentero de intimidad pone sobre la pista de cuáles pueden ser las condiciones que conspiran para que se alcance. No es solo porque el objeto externo no aporte esa confirmación, factor sobre el que le estamos reconocido a Kohut por haber hecho hincapié, sino porque la propia agresividad del sujeto deteriora, corroe la representación del objeto que podría confirmar a aquel. La crítica tendenciosa al objeto externo priva al sujeto de todo placer en la intimidad ya que hace desaparecer a aquel de quién se espera algo y para quién se es. Ese es el aporte de Klein (1940) al destacar las condiciones internas del sujeto que conspiran en contra del poder hacer uso del objeto externo para su propio desarrollo, en este caso para la confirmación de su ser y de sus vivencias.

La consecuencia que se deriva de lo anterior para la terapia analítica es que la reafirmación del sujeto, y la vitalización del *self* derivada, requiere de un analista que le confirme -la posición de la psicología del *self* - pero, además, de un trabajo sobre las condiciones internas, en especial la agresividad y sus diversas causas, que impiden que el objeto externo, el analista, tenga el “estatus” necesario dentro del sujeto para que su confirmación no sea denigrada -la posición kleiniana.

Referencias

- Ainsworth, M. D. S., Blehar, M. C., Waters, E. y Wall, S. (1978). *Patterns of attachment; A psychological study of the strange situation*. Erlbaum.
- Atkinson, L. y Zucker, K. (Eds.). (1997) *Attachment and psychopathology*. The Guilford Press.
- Bailly, D. (1997). *Angustia de separación*. Masson, S.A.
- Bleichmar, H. (1981). *El narcisismo. Estudio sobre la enunciación y la gramática inconsciente*. Nueva Visión.
- Bleichmar, H. (1997). *Avances en Psicoterapia Psicoanalítica. Hacia una técnica de intervenciones específicas*. Paidós.

- Bleichmar, H. (1999). Fundamentos y aplicaciones del enfoque modular-transformacional. *Aperturas Psicoanalíticas* (1). <http://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=52>
- Bowlby, J. (1969). *Attachment and loss*. (Vol. 1). *Attachment*. Basic Books.
- Bowlby, J. (1973). *Attachment and loss*. (Vol. 2). *Separation, anxiety and anger*. Basic Books.
- Bromberg, P. M. (1996) Standing in the spaces: The multiplicity of self and the psychoanalytic relationship. *Contemporary Psychoanalysis*, 32, 509-536.
- Bernardi, R. (1998). Attachment representations in adult years: Implications for psychoanalysis. *International Journal of Psycho-Analysis*, 79, 798-801.
- Fairbairn, R. (1952) *Psychoanalytic studies of the personality*. Tavistock.
- Ferenczi, S. (1984) Confusión de lenguas entre los adultos y el niño. En: *Psicoanálisis* (Tomo IV, p. 139). Espasa Calpe. (Obra original publicada en 1933)
- Fonagy, P. y Target, M. (1996). Playing with reality: I. Theory of mind and the normal development of psychic reality. *International Journal of Psychoanalysis*, 77, 217-233.
- Freud, S. (1976). El problema económico del masoquismo. Vol. XIX. Amorrortu. (Obra original publicada en 1924)
- Freud, S. (1976) Inhibición, síntoma y angustia, vol. XX. Amorrortu. (Obra original publicada en 1926)
- Insel, T. R. (1997). A neurobiological basis of social attachment. *American Journal of Psychiatry*, 154(6), 726-734.
- Kernberg, O. (1975) *Borderline conditions and pathological narcissism*. Jason Aronson.
- Klein, M. (1940) El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos. En: *Obras completas de Melanie Klein* (Vol. 1, p. 346-371). Paidós.
- Kohut, H. (1971). *El análisis del sí mismo*. Amorrortu.
- Lebovici, S. (1991). La théorie de l'attachement et la psychanalyse contemporaine. *Psychiatrie de l'enfant*, 34(2), 309-339.
- Lichtenberg, J. D. (1989). *Psychoanalysis and motivation*. The Analytic Press.
- Mahler, M. (1981). Agression in the service of separation-individuation. Case study of a mother-daughter relationship. *Psychoanalytic Quarterly*, L, 625-638.
- Marrone, M. (1998). *Attachment and interaction*. Jessica Kingsley Publishers.
- Murray Parkes, C., Stevenson-Hinde, J. y Marris, P. (Eds.). (1991). *Attachment across the life cycle*. Routledge.
- Ortiz Barón, M. J. y Yáñez Yaben, S. (Eds.). (1993). *Teoría del apego y relaciones afectivas*. Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.
- Pally, R. (1997). Memory: brain systems that link past, present and future. *International Journal of Psychoanalysis*, 78, 1223-1234.
- Slavin, M. O. y Kriegman, D. (1992). *The adaptive design of the human psyche. Psychoanalysis, evolutionary biology, and the therapeutic process*. The Guilford Press.
- Sperling, M. y Berman, W. (Eds.). (1994). *Attachment in adult. Clinical and developmental perspectives*. The Guilford Press
- Stern, D. (1985) *The interpersonal world of the infant. A view from psychoanalysis and developmental psychology*. Basic Books.
- Volling, B. L. y Notaro, P. C. (1998). Adult attachment styles: relations with emotional well-being, marriage, and parenting. *Family Relations*, 47(4), 355-367.
- Winnicott, D. W. (1971) *Playing and reality*. Tavistock.

Entrevista a Hugo Bleichmar

Carlos Habif

En 2012, Carlos Habif entrevistó a Hugo Bleichmar en su consulta de Madrid. Es una entrevista cercana e interesantísima en cuanto a lo que nos aporta respecto a la visión única que Hugo Bleichmar tenía del psicoanálisis y de la vida en general.

La entrevista está en el canal de YouTube de Aperturas Psicoanalíticas. Se puede acceder directamente a ella haciendo clic en la imagen.



Trabajos de Hugo Bleichmar publicados en *Aperturas Psicoanalíticas*

A continuación se incluyen las publicaciones de trabajos de Hugo Bleichmar en *Aperturas Psicoanalíticas*, divididos en cuatro secciones: artículos originales, reseñas, entrevista y otros. Para acceder al texto completo del trabajo deseado, hacer clic en el título del mismo.

Artículos originales

- **Fundamentos y aplicaciones del enfoque Modular-Transformacional** (N° 1, 1999)

El objetivo de este trabajo es presentar los fundamentos de un modelo psicoanalítico que tenga en cuenta la estructura modular del inconsciente y del psiquismo en general, un modelo que permita deconstruir las categorías psicopatológicas en términos de articulación de componentes y de sus transformaciones, y que posibilite una técnica del tratamiento con intervenciones específicas en función de la estructura de personalidad y del cuadro psicopatológico.

- **Del apego al deseo de intimidad: las angustias del desencuentro** (N° 2, 1999)

En este trabajo se examinan las motivaciones de las conductas de apego, tratando de delimitar los diferentes tipos de objetos de apego. Se establece la especificidad del deseo de intimidad, las modalidades bajo las cuales se trata de cumplirlo, el tipo de sufrimiento generado cuando no se logra, así como estructuraciones de la personalidad como defensas ante la intimidad. Se aplica todo ello a la situación analítica a fin de establecer variantes de combinaciones en la pareja analista-analizando de encuentros/desencuentros entre las respectivas formas de deseos, angustias y tipos de defensas.

- **El tratamiento de las crisis de pánico y el enfoque modular-transformacional** (N° 3, 1999)

En este trabajo, el autor pone a prueba el enfoque modular-transformacional en su intento de fundamentar la psicopatología y el tratamiento desde una perspectiva no reduccionista que dé cuenta de la complejidad del funcionamiento psíquico. Abarca tanto el fenómeno del desplazamiento defensivo como el de la causación no buscada, además de explicar cómo el nivel imaginario y el neurobioógico pueden producir modificaciones que van de uno a otro sin que haya intencionalidad defensiva.

- **Aplicación del EMT al diagnóstico de los trastornos narcisistas** (N° 5, 2000)

Este trabajo tiene como objetivo aplicar el enfoque modular-transformacional al examen del sistema motivacional narcisista desarrollando la tesis de que las clasificaciones categoriales deben ser reemplazadas por diagnósticos de tipo dimensional en los que la

articulación de diferentes dimensiones o componentes den lugar, en su combinatoria, a las configuraciones psicopatológicas y de personalidad.

- **El cambio terapéutico a la luz de los conocimientos actuales sobre memoria y los múltiples procesamientos inconscientes** (2001, N° 9)

Este trabajo es una profundización de lo que en publicaciones anteriores se resumió como objetivo de la psicoterapia psicoanalítica bajo la formulación sintética de *ampliación de la consciencia, modificación del inconsciente*. Una reafirmación del proyecto freudiano de hacer consciente lo inconsciente, pero para incluirlo dentro de una perspectiva más amplia que contemple los desarrollos que se han producido a partir de la obra de Freud, y, sobre todo, de las consecuencias que se derivan de los conocimientos actuales sobre los distintos tipos de memoria para el desarrollo de formas de intervención terapéuticas que sean específicas.

- **Algunos subtipos de depresión, sus interrelaciones y consecuencias para el tratamiento psicoanalítico** (2003, N° 14)

En este trabajo, presentado en la Conferencia Joseph Sandler, organizada conjuntamente por el Comité de Investigación de la Asociación Psicoanalítica Internacional y el University College of London en marzo de 2003, se trata de desarrollar un modelo integrador que haga posible la incorporación de las importantes contribuciones que en el psicoanálisis, desde Freud, han ampliado nuestra comprensión de los estados depresivos. Se incluyen en el mismo número los comentarios es este trabajo de autores como Sidney Blatt y Siri Gullestad, la respuesta de Hugo Bleichmar y la réplica de aquellos.

Comentario de Sidney Blatt a “Algunos subtipos de depresión, sus interrelaciones y consecuencias para el tratamiento psicoanalítico”

Comentario de Siri Gullestad a “Algunos subtipos de depresión, sus interrelaciones y consecuencias para el tratamiento psicoanalítico”

Respuesta de Hugo Bleichmar a Sidney Blatt y Siri Gullestad

Intervención de Sidney Blatt posterior a la Conferencia Joseph Sandler

Respuesta de Hugo Bleichmar a Sidney Blatt

Respuesta de Siri Gullestad a Sidney Blatt y Hugo Bleichmar

- **Estudio del caso clínico desde una perspectiva psicoanalítica** (2004, N° 17)

En este trabajo, presentado en el 43° Congreso de la Asociación Internacional Psicoanalítica, en Nueva Orleans, Estados Unidos, en marzo de 2004, se organiza la discusión de caso clínico de acuerdo a los siguientes lineamientos: primero, las representaciones que la paciente tiene de sí misma y de los otros, tanto las conscientes (su narrativa durante la entrevista) como las inconsciente inferidas a partir del relato y de su relación con el entrevistador; segundo, algunos rasgos caracterológicos de la paciente (angustias, formas de reequilibrarse, etc.), su relación con rasgos de los padre y los efectos que pueden haber tenido las interacciones con estos; y tercero, algunas indicaciones posibles para el tratamiento.

- **Consecuencias para la terapia de una concepción modular del psiquismo** (2005, N° 21)

En este trabajo presentado en el 44° congreso de IPA (Rio de Janeiro, 2005), se desarrolla la idea de una técnica específica tomando como base de la propuesta sus trabajos anteriores sobre la estructura modular de la mente, los subtipos de memoria, la teoría de los sistemas motivacionales, de procesos inconscientes, de organizaciones afectivas, de cogniciones, de patrones de acción, de modalidades de enfrentar el sufrimiento psíquico. También desarrolla la propuesta de que para entender los cuadros psicopatológicos hay que considerarlos como la configuración final, producto de la articulación de varios componentes y niveles de los mismos, señalando la limitación de tratar de encasillar a un paciente dentro de las categorías psicopatológicas clásicas.

- **Hacer consciente lo inconsciente para modificar los procesamientos inconscientes: Algunos mecanismos del cambio terapéutico** (2006, N° 22)

En este artículo se examinan los mecanismos por los cuales la interpretación, dirigida principalmente a incrementar el conocimiento consciente, puede producir cambios inconscientes, a los que considera como objetivo básico del tratamiento psicoanalítico. Articula la técnica de la interpretación con los sistemas motivacionales mediante el concepto de *valencia motivacional*, a partir del cual la interpretación logra efectividad. A su vez desarrolla el cambio terapéutico que se logra mediante la relación psicoanalítica. Tomando los aportes recientes de la neurociencia sobre la memoria en estado lábil propone la técnica del *acoplamiento de experiencias* como instrumento para el cambio terapéutico. Ilustra algunos de estos conceptos mediante la presentación de una viñeta clínica.

- **La esclavitud afectiva: clínica y tratamiento de la sumisión** (2008, N° 28)

En este trabajo desarrolla el concepto de *sumisión al otro* al que considera como un fenómeno que atraviesa nuestro ser desde la más temprana infancia hasta la muerte. El miedo a la respuesta emocional del otro, a que nos valide, a que frustre nuestros deseos de intimidad, a que nos castigue con la pérdida de amor, con la descalificación brutal, con su furia, con el abandono, constituyen el eje de este trabajo. Sostiene que nuestra vida está marcada por la conflictiva del sometimiento, por los intentos de lidiar con la angustia que nos produce la dependencia emocional y con las angustias generadas al intentar desprendernos de aquellos a los cuales no sometemos.

- **Una reformulación del duelo patológico: múltiples tipos y enfoques terapéuticos** (2010, N° 35)

En este artículo, el autor discute distintos subtipos de duelo patológico y la necesidad de intervenciones específicas que potencien el cambio terapéutico. Con este objetivo diferencia entre lo que denomina *fijación primaria al objeto* (existente ya antes de la pérdida) de la *fijación secundaria* (que tiene lugar cuando el sufrimiento en el presente da lugar a la idealización de un objeto que solo entonces se siente realmente perdido). Se articula el duelo patológico con el narcisismo, los sentimientos de culpa y las angustias paranoides. Se ilustran los subtipos descritos con materiales clínicos.

- **Teoría y técnica de la descolonización emocional: una introducción** (2017, N° 54)

En este trabajo se define a la *colonización emocional* como el proceso por el cual alguien pasa a sentir y actuar bajo la influencia de otro – el colonizador - que le impone su subjetividad sin que el colonizado tenga conciencia de ello. Diferencia este fenómeno de otros que guardan cierta similitud y lo articula con su teoría de los sistemas motivacionales (narcisismo, apego, sexual, regulación emocional) y como estos van configurando este tipo de vínculo tanto desde el colonizador como desde el colonizado. Diferencia dos modos en que alguien puede ser colonizado, como colonización *externa* o como colonización *interna*. A partir de esta diferenciación propone técnicas y objetivos terapéuticos específicos. Desarrolla las condiciones para que las intervenciones descolonizadoras puedan tener lugar y presenta ejemplos de intervenciones.

- **El cambio activo en psicoterapia psicodinámica: momentos de alta receptividad** (2017, N° 54)

En este artículo se desarrolla el concepto de *momentos de alta receptividad* (MAR) a partir del *acoplamiento de experiencias* (desarrollado por Bleichmar en 2001). Se articulan los desarrollos previos sobre las inscripciones procedimentales sosteniendo que este tipo de inscripciones no pueden ser alcanzadas por la interpretación a menos que se promueva que el paciente reviva experiencialmente una sensación que activa el recuerdo durante la sesión lo cual permite que la memoria entre en estado lábil. Se compara y diferencia este concepto con los conceptos de *momento de encuentro* y *momento ahora* de Daniel Stern y el Grupo de Boston. Se presentan ejemplos de activación de los MAR a la vez que se describen posibles modos de evocarlos, la identificación de estos y el aprovechamiento en la sesión.

- **El balance narcisista, un modelo multidimensional con implicaciones para la elección del foco terapéutico** (2018, N° 57)

Retomando desarrollos previos, el autor presenta un modelo integrador a partir del cual identifica los factores que intervienen en el *balance narcisista*, al que define como el grado de satisfacción o insatisfacción del sujeto consigo mismo. La utilidad del modelo reside en que el terapeuta y el paciente pueden seleccionar focos de intervención según el factor más relevante o según el momento del tratamiento. En el artículo se describen las dimensiones que intervienen en el balance (representaciones del self – nivel de ambiciones e ideales – severidad de la conciencia crítica – recursos yoicos) y la interrelación entre ellas y la influencia de la realidad externa. Se plantea la incidencia de la patología mental sobre el deterioro del narcisismo. En torno a la psicoterapia de esta problemática plantea el trabajo en el vínculo terapéutico y el sentido de realidad. Se ejemplifica con un extenso caso clínico. Se brindan sugerencias para el trabajo terapéutico con pacientes con narcisismo grandioso no destructivo.

- **Vivir en la interfase para no quedar atrapado en mundos fragmentarios** (2015, N° 50)

Este artículo es definido por Bleichmar como una especie de autobiografía que se moverá siempre entre el deseo de mostrar y el de ocultar. En él va relatando su desarrollo profesional, su transición desde la neurociencia al psicoanálisis, la incidencia de su análisis personal en la evolución de su posición psicoanalítica y el descubrimiento de diversos autores referentes de diversas áreas del conocimiento. En psicoanálisis, Freud, Klein, la psicología del yo, Willie y Madeleine Baranger; en lingüística, Chomsky; y en el área política, su atracción por Marx. Va relatando cómo conoce las obras de Lacan, Kohut y luego el movimiento intersubjetivista y la influencia que tuvieron sobre él hasta llegar a una

concepción propia de la psicopatología a la que denominó *Enfoque Modular-Transformacional* (EMT). El artículo aborda la concepción transformacional de los sistemas motivacionales, los objetos de estos sistemas y su aplicación a los subtipos de duelo patológico. Además, ya en el área de la técnica, aborda la controversia respecto al cambio terapéutico entre los partidarios de la interpretación y los de la relación terapéutica y su propio posicionamiento al respecto. La relación entre psicoanálisis y neurociencia tiene un apartado en este artículo. En el epílogo aboga por la búsqueda de modelos que describan al psiquismo mediante articulación de múltiples factores, niveles y procesos y que apunten a una psicoterapia con diferentes tipos de intervenciones en búsqueda de un mayor grado de especificidad.

Entrevista

Entrevista a Hugo Bleichmar sobre el uso que hizo Lacan de las matemáticas, la lógica y la lingüística (2015, N° 51)

Reseñas

- Psicoanálisis y neurociencias (N° 001)
- Psicoanálisis y psicología cognitiva (N° 001)
- Kraft: Memoria emocional en sobrevivientes del Holocausto. Un estudio cualitativo de testimonios orales [Kraft, R.N., 2004] (N° 027)
- Diferencias de localización hemisférica entre estímulos displacenteros conscientes e inconscientes, y entre estímulos placenteros y displacenteros (N° 003)
- Sistemas dopaminérgicos: adicciones e impulsividad (N° 003)
- Racionalización y neurociencia (N° 003)
- Personalidad y receptores dopaminérgicos (N° 004)
- Influencia del medio externo en la modificación del cerebro (N° 005)
- Biología del trastorno de estrés postraumático (N° 006)
- La identificación y algunas bases biológicas que la posibilitan (N° 009)
- Del contexto social a la regulación biológica (N° 011)
- 43° Congreso Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA). New Orleans 2004: Panel: Psicoanálisis y psicoterapia cognitiva. Aplicación a un caso clínico. Introducción (N° 017)
- Depresión aguda transitoria producida por estimulación eléctrica cerebral (N° 016)
- Bases neuronales de una modalidad de represión: una reivindicación de Freud desde la neurociencia (N° 016)

- Control psicológico sobre la fisiología del cerebro (N° 022)
- Violencia, venganza, autojustificación (N° 023)
- Síndrome de piernas inquietas y trastorno de movimientos periódicos de los miembros (N° 031)
- Efecto de las hormonas sobre las adicciones (N° 035)
- Reconocimiento temprano de las emociones ajenas por parte de los infantes [Rapacholi, B.M. y Meltzoff, A.N., 2007] (N° 035)
- Efecto placebo: la expectativa modifica la fisiología y la neuroquímica y no sólo las representaciones del sujeto (N° 037)
- Analgesia placebo por observación de la reacción de otro ante un estímulo doloroso [Colloca, L. y Benedetti, F., 2009] (N° 038)
- La transgresión moral induce apetencia por lavado corporal. El concepto de ?embodiment? (corporización) (N° 043)
- Es suficiente la representación del dinero para hacer a la gente menos solidaria, más solitaria, y con menor necesidad de contacto físico (N° 043)
- Artículo en Science del 4 abril 2013 sobre registro de actividad cerebral y contenido visual del sueño (N° 043)

Otros

El legado de Silvia Bleichmar (N° 27)